



Organización
Internacional
del Trabajo

► Perspectiva de género en el trabajo infantil

Eliana Aspiazu

María Eugenia Labrunée



Octubre de 2021



La presente obra es un documento de acceso abierto con arreglo a la licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>). Tal como se detalla en dicha licencia, los usuarios pueden reproducir, distribuir, adaptar y desarrollar el contenido de la obra original, a condición de que se mencione claramente que la OIT es la titular de la obra original. Los usuarios no están autorizados a reproducir el emblema de la OIT en sus obras.

Atribución de la titularidad - La obra debe citarse como sigue: Eliana Aspiazu y María Eugenia Labrunée, *Perspectiva de género en el trabajo infantil*, Buenos Aires: Organización Internacional del Trabajo, 2021.

Traducciones - En caso de que se traduzca la presente obra, deberá añadirse, además de la atribución de la titularidad, el siguiente descargo de responsabilidad: La presente traducción no es obra de la Oficina Internacional del Trabajo (OIT) ni debe considerarse una traducción oficial de la OIT. La OIT no se hace responsable del contenido ni de la exactitud de la traducción.

Adaptaciones - En caso de que se adapte la presente obra, deberá añadirse, además de la atribución de la titularidad, el siguiente descargo de responsabilidad: La presente publicación es una adaptación de una obra original de la Oficina Internacional del Trabajo (OIT). Las opiniones y puntos de vista expresados en esta adaptación son responsabilidad exclusiva de su autor o autores, y en ningún caso de la OIT.

Todas las consultas sobre derechos y licencias deberán dirigirse a la Unidad de Publicaciones de la OIT (Derechos de autor y licencias), CH-1211 Ginebra 22 (Suiza) o por correo electrónico a rights@ilo.org.

ISBN: 9789220357125 (impreso)
9789220357132 (pdf web)

Las denominaciones empleadas en las publicaciones de la OIT, que están en concordancia con la práctica seguida en las Naciones Unidas, y la forma en que aparecen presentados los datos no implican juicio alguno por parte de la Oficina Internacional del Trabajo sobre la condición jurídica de ninguno de los países, zonas o territorios citados o de sus autoridades, ni respecto de la delimitación de sus fronteras.

La responsabilidad de las opiniones expresadas en los artículos, estudios y otras colaboraciones firmados incumbe exclusivamente a sus autores, y su publicación no significa que la OIT las suscriba.

Las referencias a firmas o a procesos o productos comerciales no implican aprobación alguna por la Oficina Internacional del Trabajo, y el hecho de que no se mencionen firmas o procesos o productos comerciales no implica desaprobación alguna.

Para más información sobre las publicaciones y los productos digitales de la OIT, visite nuestro sitio web: www.ilo.org/publns.

El Departamento de Trabajo de los Estados Unidos aporta financiación en virtud del acuerdo de cooperación número FOA-ILAB-18-05. El cien por ciento de los gastos totales del proyecto o programa se financia con cargo a fondos federales, por un importe total de 140 000 dólares de los Estados Unidos. Esta publicación no refleja necesariamente las opiniones o políticas del Departamento de Trabajo de los Estados Unidos, y la mención de marcas, productos comerciales u organizaciones no implica que el Gobierno de los Estados Unidos los apruebe.

▶ Índice

▶ 1. Introducción	6
▶ 2. Aspectos metodológicos	8
▶ 3. Género y trabajo infantil: revisión bibliográfica de antecedentes teóricos y empíricos	10
3.1 Diferencias de género en las inserciones y las trayectorias laborales de las personas adultas como condicionantes del trabajo infantil	10
3.2 El trabajo infantil desde un enfoque de género: tareas, condicionantes, expectativas y oportunidades	13
3.2.1 La dimensión de género y los condicionantes del trabajo infantil: antecedentes teóricos y normativa	13
3.2.2 Transmisión intergeneracional de roles genéricos, formación, oficios e inserciones	16
3.3 Evidencias sobre trabajo infantil en Argentina: estadísticas, diferencias de género y el impacto de la pandemia	17
▶ 4. Presentación de resultados: el trabajo infantil en los casos estudiados, sus condicionantes y significados desde la perspectiva de género	20
4.1 Tareas realizadas por niños, niñas y adolescentes y evidencias de estereotipos de género	20
4.2 Contexto, inserción y trayectorias laborales de las personas adultas de las familias	22
4.2.1 Inserciones laborales, economía familiar e impacto de la pandemia	22
4.2.2 Trayectorias laborales y conciliación entre trabajo remunerado y no remunerado	23
4.3 Tensiones con la educación: trayectorias educativas, continuidad pedagógica y redes de apoyo	26
4.3.1 Motivaciones del trabajo infantil: ¿en tensión o en vinculación con la educación en tiempos de pandemia?	26
4.3.2 Trayectorias educativas de las madres y los padres	27
4.3.3 Apoyo y redes de acompañamiento	28
4.4 Significados sobre el trabajo, percepciones y expectativas: diferencias de género y generacionales	29
4.4.1 El significado otorgado al trabajo: diferencias de género y generacionales	29
4.4.2 Percepciones sobre el trabajo infantil y los ingresos de niños, niñas y adolescentes	31
4.4.3 Expectativas sobre las trayectorias y las oportunidades laborales futuras de niños, niñas y adolescentes	33
▶ 5. Reflexiones finales	36
▶ 6. Recomendaciones de políticas	39
▶ 7. Anexo: Características de la muestra	41
▶ 8. Bibliografía	43

► 1. Introducción

Este estudio busca comprender, desde una perspectiva de género, la influencia que ejercen las condiciones de vida de las familias, las trayectorias laborales de las personas adultas y la división sexual del trabajo en los hogares sobre los vínculos que establecen los niños, las niñas y los y las adolescentes (NNyA) con el trabajo, así como sobre la construcción de las expectativas y los imaginarios respecto de sus oportunidades laborales futuras. Se parte de un enfoque de análisis crítico acerca del trabajo infantil (TI) que reconoce que las relaciones sociales generadas en contextos particulares determinan, por un lado, cómo se define la niñez y, por otro, los condicionantes y las percepciones acerca de la participación laboral de NNyA (Rausky 2021).

En particular, el estudio indaga en cómo inciden la dimensión de género y las inserciones y las trayectorias laborales de las personas adultas en la presencia de TI y en las expectativas de los NNyA sobre sus futuros laborales. Se analizan estas dimensiones en hogares del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA)¹ en 2020, año en que la pandemia por el COVID-19, además de afectar la economía y el empleo, puso en crisis las dimensiones vinculadas con la reproducción social. Diferentes estudios (Arza 2020; Ernst y López Mourelo 2020; Poy 2021) dan cuenta de cómo este contexto acentuó las desigualdades socioculturales, sobre todo las menos visibles como la distribución de tareas y los tiempos de cuidado en la familia, con consecuencias sobre las desigualdades de género y las desigualdades intergeneracionales.

Se analizan los resultados de entrevistas en profundidad generadas por la Organización Internacional del Trabajo como parte del proyecto global Measurement, Awareness Raising, and Policy Engagement Project to Accelerate Action against Child Labor and Forced Labor (MAP16) en que se enmarca el informe. En el análisis, se presta especial atención a las desigualdades de género y a los arreglos intrafamiliares sobre responsabilidades domésticas y de cuidado, así como a la introducción de los NNyA en actividades productivas (económicas y no económicas). En particular, se estudia la reproducción de estereotipos y desigualdades de género en las niñas bajo la forma de trabajo remunerado para el mercado y de trabajo no remunerado en el hogar: ya sea mediante la realización de tareas domésticas y/o de cuidado intensas (de otros niños o niñas, de personas mayores o de personas con necesidades especiales en el hogar). De este modo, se busca dar cuenta del rol que cumple la socialización de género en las diferencias en el acceso a la educación, la formación y la inserción laboral, y de cómo incide en las expectativas y las percepciones acerca de las oportunidades que el mercado de trabajo puede ofrecerles a las niñas y las adolescentes en el futuro.

En un primer apartado se presentan los aspectos centrales de la metodología aplicada. Luego, se sistematiza la bibliografía académica pertinente para la comprensión de la relación entre género y trabajo infantil y sus posibles condicionantes. En la sección de resultados se presentan los principales hallazgos en cuanto a discursos, prácticas,

¹ El AMBA es la zona urbana común que conforman la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) y 40 municipios del Conurbano de la provincia de Buenos Aires que se ubican alrededor de CABA.

experiencias y costumbres de las familias que ponen en evidencia las desigualdades de género y dan lugar a la introducción temprana de NNyA en el trabajo para el mercado y/o el trabajo dentro del ámbito familiar. En las reflexiones finales se retoman los aspectos centrales del análisis de los datos relevados en diálogo con los antecedentes teóricos y empíricos desarrollados. Finalmente, se ofrecen propuestas de nuevas líneas de investigación y recomendaciones de políticas para el abordaje de la problemática del TI desde una perspectiva de género.

► 2. Aspectos metodológicos

El estudio adopta una estrategia metodológica cualitativa para el análisis de las entrevistas en profundidad realizadas a personas adultas y a NNyA de hogares del AMBA. Se toma como base el paradigma interpretativo, que permite un abordaje profundo y una mayor flexibilidad en el proceso de investigación y en el diálogo entre teoría y método (Batthyány y Cabrera 2011; Cohen y Rojas 2003). Este abordaje habilita la comprensión de los aspectos centrales del fenómeno del TI desde un enfoque de género, partiendo de un análisis detallado y profundo de las dimensiones de estudio (Borda *et al.* 2017), con el fin de conocer las trayectorias, las prácticas y las percepciones vinculadas con el trabajo de las personas entrevistadas.

Entre las investigaciones donde se involucra a NNyA, Rausky y Fatou (2017) rescatan las potencialidades de los *childhood studies* o estudios de la infancia para abordar el TI: un enfoque que destaca el lugar de los niños y las niñas como parte de la cultura y como sujetos que participan en su reproducción, y que exige considerar en las investigaciones sociales el punto de vista de los propios NNyA. Los abordajes metodológicos con aproximaciones de tipo cualitativas y/o etnográficas se consideran los más adecuados para incluir sus voces. No obstante, resulta necesario tener en cuenta ciertas particularidades, tanto en los planteos del objeto-sujeto a investigar como en las perspectivas metodológicas, los recortes en las unidades de análisis y las posibles tensiones en el trabajo de campo, así como en las cuestiones éticas que entran en juego. Al momento de realizar interpretaciones de las entrevistas con NNyA deben tenerse en cuenta

aspectos específicos como los subrayados por las autoras mencionadas, entre los que se destaca la peculiar visión que tienen los NNyA de conceptos abstractos como el tiempo y el espacio —confusión de fechas, de tiempos transcurridos, etc.— y que es necesario observar para evitar sesgos en el análisis.

En este estudio, se cuenta con 46 entrevistas en profundidad a diferentes miembros de 17 hogares en situación de vulnerabilidad social en los que convive, al menos, un NNyA que realiza tareas productivas y/o reproductivas en el AMBA. Se toma como unidad de análisis colectiva a los hogares y como unidades de análisis individuales a los miembros de esos hogares, que según cada caso pueden ser: NNyA de 13 a 17 años, sus madres, sus padres, sus abuelos y/o sus abuelas. La selección de las personas entrevistadas consideró cuotas de sexo y de zona de residencia de los NNyA en el AMBA. Las entrevistas fueron realizadas de forma virtual por videollamada, debido al contexto de Distanciamiento Social, Preventivo y Obligatorio (DISPO) por la pandemia del COVID-19, entre los meses de noviembre y diciembre de 2020² (Foressi *et al.* 2021).

El abordaje cualitativo permite, por un lado, rescatar los procesos de división del trabajo al interior de las familias y comprender las particularidades que asume el trabajo de los NNyA; por otro lado, permite realizar descripciones y comprensiones interpretativas de la conducta humana enmarcada y en referencia a su entorno social. Si bien las entrevistas en profundidad que son insumos de este estudio no fueron pensadas inicialmente para conocer las trayectorias laborales de las personas adultas de los

2 Ver el Anexo para más información sobre la muestra y las características de los hogares que la componen.

hogares, los relatos ofrecen información para reconstruir buena parte de ellas: los recorridos laborales, educativos y familiares, las prácticas y las experiencias respecto de la distribución del trabajo doméstico y de cuidado. El método de análisis de las trayectorias laborales resulta ser una herramienta analítica con potencialidad para comprender desigualdades de género y desigualdades intergeneracionales, porque permite complementar la mirada sobre las inserciones laborales actuales con un recorrido por las historias que condujeron a esas personas hacia su posición actual. En este sentido, tomamos como referencia la definición teórico-metodológica de trayectoria laboral como la reconstrucción a partir del relato de una persona de sus experiencias laborales y los acontecimientos históricos políticos, económicos y sociales que las contextualizan (Frassa 2007; Muñiz Terra 2012; Roberti 2012).

Las entrevistas en profundidad se analizan siguiendo un procedimiento flexible que se desarrolla a partir de la codificación de sus transcripciones, para identificar conceptos y establecer sus conexiones (utilizando el programa Atlas Ti), algunas definidas a partir del marco teórico y otras que emergen en el análisis de las mismas.

► 3. Género y trabajo infantil: revisión bibliográfica de antecedentes teóricos y empíricos

En este capítulo se presentan los principales antecedentes bibliográficos sobre el vínculo entre la dimensión de género y el TI, dando centralidad a las desigualdades de género en el mercado laboral, las inserciones y las trayectorias laborales y la división sexual del trabajo en los hogares. Estas dimensiones se abordan como condicionantes del TI y de las expectativas de los NNYA acerca de sus oportunidades y trayectorias laborales actuales y futuras, atendiendo a las diferencias de género y generacionales que emergen. Se sistematizan los estudios considerados relevantes y se presta especial atención a los análisis realizados durante el año 2020 sobre el impacto del Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO) por la pandemia del COVID-19, que modificó considerablemente las dinámicas laborales y familiares.

3.1 Diferencias de género en las inserciones y las trayectorias laborales de las personas adultas como condicionantes del trabajo infantil

Los estudios que abordan las trayectorias laborales desde una perspectiva de género señalan las principales dimensiones de análisis para comprender la transmisión intergeneracional de los significados, los aprendizajes y las percepciones sobre el trabajo. La mirada de género sobre las trayectorias laborales se centra en la «imbricación existente entre los estereotipos individuales y sociales de género y las posiciones y relaciones que mujeres y varones asumen en el ámbito de la división social del trabajo a lo largo del tiempo» (Muñiz Terra 2015, 92). Estos abordajes resaltan la importancia

de mostrar las particularidades de los recorridos femeninos, las dimensiones que los condicionan y los aspectos que emergen y no suelen estar en las trayectorias masculinas, tomando como base una concepción amplia de trabajo remunerado y no remunerado y su interrelación.

En esta línea, Zibecchi (2014) desarrolla el concepto de «trayectorias generizadas» para las que toma como dimensiones centrales las condicionalidades de género en los itinerarios laborales femeninos: los aspectos estructurales del mercado de trabajo, la incidencia del trabajo reproductivo, la doble o triple jornada y los aspectos culturales. Respecto de esta última dimensión, Longo (2009) destaca las relaciones de poder, las representaciones sociales acerca del trabajo, el rol de la mujer y los estereotipos de género que regulan las prácticas sociales.

Los relatos sobre trayectorias también permiten reconstruir la transmisión intergeneracional de valores y concepciones sobre el trabajo: lo heredado y cómo es resignificado por las vivencias de las más jóvenes, así como dentro de la propia trayectoria, en función de las etapas y las posibilidades que brinda el mercado laboral (Muñiz Terra 2012 y 2015; Millenaar y Jacinto 2015). En ese recorrido, las mujeres adultas van transmitiendo prácticas, experiencias y expectativas a los niños y las niñas de sus hogares, diferentes de las que les transmiten los adultos varones. Por lo tanto, las desigualdades de género en el mercado laboral y en la conciliación con las tareas domésticas y de cuidado no remunerado cobran especial relevancia al ser analizadas desde el enfoque de trayectorias. Este permite indagar en cómo esos recorridos condicionan e influyen en las trayectorias actuales y futuras de los NNYA, desde el aprendizaje y la transmisión de

prácticas laborales y educativas y desde lo simbólico, a modo de «ejemplo» de qué hacer o no hacer, de los gustos, las preferencias y las elecciones.

En este sentido, las inserciones laborales de las personas adultas en los hogares en la actualidad también operan como condicionantes del TI: tanto por las dificultades económicas que impulsan a las familias a la búsqueda de otros ingresos, como por las oportunidades que estas tienen de buscar inserciones en algunas actividades económicas más que en otras. Este condicionante presenta un fuerte sesgo de género, que se observa en las inserciones diferenciales de varones adultos y mujeres adultas, las cuales suelen reproducirse entre sus hijas e hijos.

Con el fin de otorgar una base empírica estadística a lo aquí planteado, se contextualizará este estudio con algunos datos respecto de desigualdades de género en el mercado laboral y en el trabajo no remunerado y su profundización durante la pandemia por el COVID-19 en el año 2020, tanto en la Argentina en general, como en el AMBA en particular.

Varios estudios (Actis Di Pasquale y Savino 2019; Díaz Langou *et al.* 2019; MTEySS 2017a; OIT 2016) muestran que las inserciones laborales femeninas presentan mayor vulnerabilidad que las masculinas, ya que se encuentran atravesadas por profundas dificultades de acceso y permanencia en el mercado de trabajo, la concentración en puestos de baja calificación, a tiempo parcial y con bajos salarios, con altos niveles de precariedad e informalidad, segregación sectorial y ocupacional (por la concentración en actividades de servicios) y menos oportunidades de acceso a puestos de mayor jerarquía.

Las desigualdades de género puestas en evidencia en el mercado de trabajo son el resultado de diversos factores, entre los que se destaca la mayor carga de tareas de cuidado que recae históricamente sobre las mujeres y que genera condiciones difíciles para conciliar la vida laboral y la vida familiar. En este sentido, la vulnerabilidad del trabajo femenino en el mercado encuentra su correlato en la crisis de la reproducción, vinculada a la falta de políticas estatales de cuidado y al reparto desigual de las responsabilidades domésticas y de cuidado al interior de las familias, que redundan en esa sobrecarga de trabajo físico, intelectual y emocional

para ellas, encargadas de manera casi exclusiva —y no remunerada— de ese conjunto de tareas (Rodríguez Enríquez 2015).

Adicionalmente, esas desigualdades se profundizan cuando se trata de mujeres jóvenes, con menor nivel educativo, provenientes de estratos socioeconómicos más bajos y, sobre todo, con hijos o hijas menores a cargo (Actis Di Pasquale y Savino 2019; Díaz Langou *et al.* 2019; MTEySS 2017a). Las responsabilidades de cuidado afectan la inserción laboral de las mujeres con hijos o hijas de corta edad, sobre todo la de quienes no tienen posibilidades de compartir el cuidado con sus cónyuges, ni pueden afrontar económicamente el pago de instituciones de cuidado privadas (Rodríguez Enríquez *et al.* 2019), sumado a que la oferta de servicios públicos de cuidado no suele cubrir la demanda.

Los últimos indicadores laborales del año 2020 — que muestran la situación frente a la pandemia— visibilizan estas desigualdades, dado que en el caso de las mujeres las tasas de actividad y empleo muestran una brecha de 20 puntos porcentuales respecto de las de los varones. En Argentina, el 47,6 por ciento de las mujeres de 14 años y más participan del mercado laboral, mientras que los varones lo hacen en un 68,4 por ciento, según datos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) elaborada por el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) para el cuarto trimestre de 2020. Las tasas de empleo reproducen esa distancia, con el 41,9 por ciento y el 61,4 por ciento respectivamente. Es importante destacar que esta desigualdad no afecta de igual modo a todas las mujeres, sino que esas brechas de participación por género están atravesadas por variables como la edad, los ingresos, el nivel educativo y la cantidad de hijos o hijas. La tasa de actividad es más baja en las mujeres de estratos de menores ingresos, de menor nivel educativo, que se encuentran en los extremos de la edad activa (menores de 25 años y mayores de 60) y a medida que tienen más cantidad de hijos o hijas a cargo (Díaz Langou *et al.* 2019). La tasa de empleo se comporta de manera similar, ya que las mujeres con más credenciales educativas, en edades centrales, con menos hijos o hijas y más ingresos tienen más posibilidades de estar empleadas.

Por su parte, las tasas de desocupación y subocupación demandante muestran que las mujeres tienen más dificultades para conseguir empleo y trabajar

una jornada completa de 8 horas diarias (Actis Di Pasquale y Savino 2019). Según datos de la EPH para el total de los aglomerados, en el cuarto trimestre de 2020 el 11,9 por ciento de las mujeres en edad activa se encuentran desempleadas, en comparación con el 10,2 por ciento de los varones, con una subocupación del 14,2 por ciento y el 12,8 por ciento respectivamente. Además, aun cuando las mujeres alcanzan un empleo de tiempo completo, reciben ingresos un 21 por ciento más bajos que los varones, en promedio. Un factor que explica la brecha salarial por género es que las mujeres se concentran en ocupaciones históricamente consideradas «femeninas», ligadas al cuidado, altamente precarizadas y poco valoradas social y económicamente. El ejemplo paradigmático es el trabajo en casas particulares, que emplea a alrededor del 15 por ciento de las mujeres activas y, además de bajos salarios, contiene la tasa más alta de empleo no registrado, cercana al 75 por ciento (Ernst y López Mourelo 2020). Entre las mujeres con menor nivel educativo y con presencia de NNYA en el hogar, la ocupación en el servicio doméstico asciende al 40 por ciento (MECON y UNICEF 2021). Otro factor vinculado a la brecha salarial es la menor dedicación horaria al trabajo remunerado. Como muestran Díaz Langou *et al.* (2019), casi la mitad de las mujeres ocupadas trabajan menos de 35 horas por semana, mientras que tres de cada cuatro varones superan las 35 horas semanales. La brecha de género en las horas de trabajo remunerado es de alrededor del 20 por ciento.

La contracara de este escenario y, a su vez, un fuerte condicionante del mismo es la mayor dedicación horaria de las mujeres al trabajo no remunerado. Según la Encuesta sobre Trabajo No Remunerado y Uso del Tiempo —desarrollada por el INDEC como módulo de la Encuesta Anual de Hogares Urbanos (EAHU) en 2013— el 88,9 por ciento de las mujeres realizan alguna tarea doméstica y/o de cuidado, en la que dedican un promedio de 6,4 horas semanales; mientras tanto, solo el 57,9 por ciento de los varones participan en estos trabajos, a los que dedican un promedio de 3,4 horas semanales (D'Alessandro *et al.* 2020).

Algunas investigaciones (Bonfiglio *et al.* 2020; Ernst y López Mourelo 2020; Poy 2021; Salvia y Poy 2020), que indagan en el impacto generado por la pandemia en el mercado de trabajo y en las dinámicas familiares, coinciden en que hubo un deterioro

general de los indicadores laborales y una profundización de las desigualdades de género durante el año 2020 en Argentina. Poy (2021) muestra que en ese año empeoraron todos los indicadores de empleo y de subsistencia económica de los hogares, sobre todo en aquellos cuya economía depende de ocupaciones informales. En ese contexto, hay evidencia de un empeoramiento mayor de algunos indicadores para las mujeres, como la tasa de actividad que se redujo en 10 puntos porcentuales frente a una baja de 8 puntos porcentuales para los varones.

Un informe reciente del Ministerio de Economía de la Nación (MECON) y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) (2021, 5) muestra que en el momento de mayor cierre de la economía argentina por las medidas de ASPO, durante el segundo trimestre de 2020, más de un millón y medio de mujeres salieron de la actividad. La situación más crítica se observa en las mujeres jefas de hogar sin cónyuge y con NNYA a cargo, quienes disminuyeron su actividad en un 14 por ciento.

En el mismo sentido, Ernst y López Mourelo (2020) destacan que las mujeres tienen también mayor presencia en sectores afectados por las restricciones a la movilidad de personas y por el aislamiento social, como el comercio, el turismo, la hotelería, entre otros. Asimismo, señalan que como la informalidad laboral afecta a las mujeres en mayor grado, su acceso a mecanismos de protección de los ingresos se vio limitado durante este periodo de freno de la actividad.

Por último, como las mujeres siguen asumiendo en mayor medida el trabajo no remunerado del cuidado en el hogar, esa carga se multiplica debido al cierre de las escuelas y otros centros, teniendo que hacer frente al cuidado no solo de los NNYA sino también de familiares enfermos y de personas mayores, en una situación de particular desgaste físico y emocional. La EPH revela que en 2020 las personas a cargo de las tareas del hogar durante la pandemia se reparten entre un 76,6 por ciento de mujeres y un 23,4 por ciento de varones (Poy 2021).

En el AMBA, donde se localiza este estudio, se reproducen y se profundizan las desigualdades expuestas para el total país. Bonfiglio *et al.* (2020) muestran que ya en los primeros meses del ASPO

los hogares del AMBA se vieron afectados por una fuerte reducción de ingresos, una pérdida de capacidad de consumo e inclusive el riesgo de inseguridad alimentaria. El informe indica que tanto en los hogares en situación de pobreza o sin empleo registrado ni afiliación a la seguridad social como en aquellos con presencia de niños o niñas se presentan las reducciones más significativas en los ingresos. Asimismo, en el AMBA, según datos de la EPH para el cuarto trimestre de 2020, todos los indicadores de empleo muestran un empeoramiento mayor que para el total país: las tasas de actividad y empleo se ubican en un punto por debajo, y las tasas de desocupación y subocupación superan las nacionales en casi dos puntos. Respecto de las diferencias por género, en el AMBA se repiten brechas similares a las del total país en las tasas básicas de actividad, empleo y desempleo, y se reproducen los peores indicadores para las mujeres.

A partir de lo expuesto, se puede afirmar que la pandemia provocada por el COVID-19 empeoró fuertemente las condiciones de vida de las familias de niveles socioeconómicos más bajos como las que conforman la muestra de este estudio y, con mayor crudeza, las de las mujeres, quienes viven más intensamente los déficits de cuidado ya existentes y profundizados en este contexto. Se trata de mujeres con niveles de ingresos y de formación bajos, con hijos o hijas, que se emplean en las actividades de mayor precariedad laboral, sin amparo de las regulaciones vigentes y más expuestas a perder su empleo.

3.2 Trabajo infantil desde un enfoque de género: tareas, condicionantes, expectativas y oportunidades

En esta segunda sección de revisión teórica y de contexto se exponen, primero, las diferentes miradas sobre el TI, la normativa nacional que lo regula y sus condicionantes desde una perspectiva de género, para luego desarrollar los estudios que abordan la transmisión intergeneracional de roles genéricos que —en estrecha vinculación con las trayectorias laborales y educativas de las familias— inciden en las elecciones y las expectativas de los NNyA.

3.2.1 La dimensión de género y los condicionantes del trabajo infantil: antecedentes teóricos y normativa

En esta sección se desarrollan específicamente los antecedentes teóricos sobre el TI y se menciona la institucionalidad nacional para abordar esta práctica que vulnera los derechos fundamentales para el desarrollo integral de los NNyA. Se adopta un análisis crítico, bajo la corriente constructivista, que propone estudiar la problemática desde un abordaje con perspectiva histórica y culturalmente situada (Rausky 2021).

Se rescata la definición de TI que proponen Bertranou *et al.* (2015), como «aquel trabajo que priva a los niños y a las niñas de su infancia, su potencial y su dignidad», con tareas que resultan perjudiciales a nivel físico, mental, social y moral y que interfieren en su escolarización, su tiempo de juego y su descanso. Operacionalmente —y así lo señala la Encuesta de Actividades de Niños, Niñas y Adolescentes (EANNA) elaborada por el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación (MTEySS) y el INDEC—, se refieren aquellas «actividades económicas y/o estrategias de supervivencia remuneradas o no, realizadas por niñas y niños, por debajo de la edad mínima de admisión al empleo o trabajo, que no han finalizado la escolaridad obligatoria o que no han cumplido los 18 años si se trata de trabajo peligroso» (Aparicio *et al.* 2007, 19).

El Plan Nacional para la Prevención y Erradicación del Trabajo Infantil y Protección del Trabajo Adolescente 2018-2022 del MTEySS clasifica el TI en las siguientes modalidades: actividades económicas para el mercado, cuando generan bienes o servicios que tienen valor económico en el mercado; actividades para el consumo, en referencia a la producción de bienes primarios para el consumo del hogar; y actividades domésticas intensas, cuando se realizan tareas de limpieza, cocina, el cuidado de hermanos o hermanas o de alguna persona que vive en la casa; todas durante 10 horas semanales o más para los niños y las niñas de 5 a 13 años, y durante 15 horas y más para mayores de 13 (MTEySS 2017b).

A su vez, la OIT distingue las situaciones de trabajo doméstico realizado para terceras personas de las tareas domésticas realizadas en el propio hogar,

considerando solo las primeras como TI: «Las tareas domésticas efectuadas por niños en su propio hogar, en condiciones razonables y bajo la supervisión de personas cercanas a ellos, son una parte integrante de la vida familiar y de su desarrollo, es decir, algo positivo» (OIT 2017). No obstante, en este estudio, el análisis de las características, los tiempos y el reparto del trabajo doméstico entre los miembros del hogar —incluyendo los NNyA— resultan dimensiones claves que permiten comprender la socialización de género, la reproducción de estereotipos y de roles que impactan en la formación y el desarrollo laboral de los NNyA en el futuro con diferencias de género. Como se ha desarrollado en el apartado anterior, el trabajo doméstico y de cuidados no remunerado representa el mayor condicionante del desarrollo laboral de las mujeres, de sus posibilidades de inserción laboral en el mercado y del devenir de sus trayectorias. Es por eso que la mirada sobre la realización de tareas domésticas por parte de NNyA, más allá de que sean consideradas o no como TI por la legislación, permite comprender la emergencia de posibles condicionantes a sus inserciones y trayectorias futuras (Longo 2009).

En ese sentido, a los fines de este estudio, se otorgará centralidad tanto a las actividades económicas para el mercado, a aquellas para el autoconsumo, a las actividades domésticas o de cuidado realizadas para terceras personas a cambio de una remuneración, como también se observarán las tareas domésticas y de cuidado realizadas en la propia familia, ya sean con carga de horas intensas o no.

Por otra parte, según los Convenios 138 y 182 de la OIT con respecto al TI, cada país establece cuál es la edad mínima de admisión al empleo, pero lo limita a los 18 años en el caso de los considerados «peligrosos». La normativa vigente en Argentina (la Ley N° 26.061 de Protección Integral de los Derechos de Niñas, Niños y Adolescentes) adhiere a la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño³ y concibe al TI como una práctica que vulnera los derechos fundamentales de los NNyA

reafirmados por dicha Convención. En 2008, mediante la Ley Nacional 26.390 se eleva la edad mínima de admisión al empleo de 14 a 16 años y se crea la figura de «trabajo adolescente protegido»⁴. En 2013, se incorpora al Código Penal el artículo 148 bis que prevé la sanción privativa de la libertad para quienes se aprovechen del trabajo de niños y niñas; sanción que deja exentos a los padres y las madres, en atención a que en esos casos el TI implica estrategias de supervivencia de las familias. En 2016, mediante el Decreto 1117/2016 se enumeran aquellas actividades consideradas peligrosas⁵.

Rausky (2021) propone discutir el concepto de TI desde la corriente constructivista, que comprende que la niñez no tiene una acepción universal y los NNyA son sujetos activos, capaces de construir lo social y competentes para reflexionar acerca de sus vivencias. Este enfoque de valoración crítica considera la participación laboral de NNyA como una realidad compleja y multidimensional, que debe analizarse como una construcción histórica, política y cultural, teniendo en cuenta el contexto, las relaciones sociales y, entre ellas, las vinculadas al género. Estas dimensiones serían las que definen cuáles son las formas de TI que los actores sociales avalan, permiten o no, así como los significados que otorgan al TI, los modos de organización y las retribuciones, más allá de lo que especifique la legislación. Inclusive, pueden haber diferentes divisiones de edades para distinguir a niños y niñas de adolescentes y jóvenes, y diferentes concepciones de lo que es aceptable según el género de los NNyA. Este enfoque o corriente de valoración crítica es tenida en cuenta para la comprensión de los pareceres y las exposiciones de las personas entrevistadas desde un abordaje multidimensional que permite identificar las tensiones entre lo normativo, las prácticas, los discursos y las percepciones sobre el TI.

A partir de una sistematización de los diferentes enfoques desarrollados en la bibliografía, se rescatan las dimensiones condicionantes del TI (Aparicio *et al.* 2007; COPRETI y UNICEF 2013; Rausky 2015; Dahul

3 En la provincia de Buenos Aires, la Ley 13.298 de 2005 se gestó también bajo los preceptos de la Convención.

4 La misma implica la posibilidad de contraer contrato de trabajo para aquellos de 16 y 17 años, con algunas protecciones particulares.

5 Completa la institucionalidad referida a la prevención y la erradicación del TI la creación de la Comisión Nacional para la Erradicación del Trabajo Infantil (CONAETI), las respectivas Comisiones Provinciales (COPRETI) y el Observatorio de Trabajo Infantil y Adolescente (OTIA).

2017), esta vez en relación con la dimensión de género: el rol de la educación, las situaciones de pobreza, la inserción ocupacional de padres y madres, los aspectos culturales y las particularidades del contexto. La organización social del cuidado es introducida aquí como una categoría analítica transversal, que permite dialogar con esos condicionantes bajo una perspectiva de género, en tanto es aquella configuración que depende de los modos en que los hogares, en el cruce con diferentes instituciones proveedoras y reguladoras de los servicios de cuidado, se acoplan para asumir las tareas que demanda el cuidado (Faur 2018). En este punto, la crisis de los cuidados y su complejización durante la pandemia emergen como un escenario propicio para la profundización de las desigualdades de género al reducir las oportunidades de las personas adultas o «confinar a las mujeres a los roles tradicionales asociados con la feminidad y la maternidad» y —se agrega aquí— para la emergencia de situaciones de TI. Tal como se reseña en la sección 3.1, la bibliografía indica que esta sobrecarga suele ocurrir para las mujeres adultas y, muchas veces, para las adolescentes y las niñas (Faur 2018; Esquivel *et al.* 2009; Cutuli 2012). En este contexto, resulta pertinente analizar el rol del Estado, de las familias, del mercado (instituciones privadas de cuidado/cuidadoras) y de la comunidad (redes de cuidado) en la distribución de los cuidados, puesto que inciden también en la presencia de TI.

Uno de los actores relevantes es la escuela, pues cumple un rol condicionante del TI. En general, las credenciales del sistema educativo son vistas como puertas hacia una potencial inserción en el mercado de trabajo, lo que asegura una predisposición a mantener la escolaridad. Esto puede estar relativizado por las trayectorias educativas de padres y madres, las cuales se traducen en diferentes percepciones respecto de la educación en sí y de su conocimiento acerca de los réditos que los títulos habilitarían para el futuro, ya sea monetarios como de otra índole. Aquí entra en juego la noción de «costo de oportunidad» de la educación, donde la valoración de la educación es comparada con las retribuciones del TI y los costos asociados a la asistencia escolar (materiales, vestimenta, transporte), en los análisis implícitos de costo-beneficio de los hogares respecto del presente y del futuro de los niños y las niñas (Aparicio *et al.* 2007). La valoración de la educación se estima en cada hogar a partir de las experiencias educativas y laborales

de las personas adultas y de las expectativas o los estereotipos respecto de las posibilidades de inserción en el marco de su contexto particular y diferenciadas por género, donde el rol otorgado a las mujeres dentro de la organización social del cuidado puede afectarla.

La percepción sobre la calidad educativa es otra de las variables a considerar, la cual puede divergir por las disparidades entre los intereses pedagógicos de las escuelas y los de los NNYA. Según las problemáticas sociales que vivan, pueden no sentirse incluidos o contenidos, y esto puede afectar su valoración y la de sus familias respecto de la educación y, así, el costo de oportunidad de esta frente al TI. Sin embargo, siguiendo a Zenklusen (2019), es posible pensar que, en el intento de cambiar la historia familiar, aumente la valoración de la educación terciaria y universitaria que requiere finalizar los niveles anteriores.

Ahondando en las situaciones de pobreza y las inserciones ocupacionales precarias de las personas adultas como condicionantes del TI, en Aparicio *et al.* (2007) se da cuenta de un proceso de complementariedad o del «efecto trabajador adicional» que las familias implementan como estrategia para paliar los ingresos bajos o nulos, donde el TI resulta ser una opción; o bien, como mencionan otras posturas, una sustitución del trabajo de las personas adultas por el TI. El escaso acceso a los beneficios sociales de estos hogares debido a sus inserciones laborales precarias los posiciona en desventaja respecto de los servicios de salud y de cuidado. Asimismo, en estas situaciones entran en juego las representaciones que los sujetos pertenecientes a sectores populares construyen acerca de la familia y las oportunidades que ofrecen el mercado, el Estado y la comunidad respecto a la provisión de cuidados, lo que afecta las dinámicas que asume la división familiar del trabajo según criterios de género y de edad. La problemática de conciliación entre trabajo remunerado y cuidados ya descrita redundante en el reforzamiento de los estereotipos que asocian cuidado a género femenino y/o en la reproducción de prácticas de TI doméstico al interior de los grupos familiares y su naturalización (Labrunée y Dahul 2017).

En esta línea, Longo (2009) ofrece tres niveles de análisis para comprender las razones por las cuales las niñas y las adolescentes se involucran

en el mercado de trabajo: el accionar público, las empresas y sus prácticas institucionales, los individuos y su gestión personal de las representaciones simbólicas sexuadas. Para el último nivel, especifica que las personas jóvenes atribuyen significados sexuados a las actividades laborales, más allá de las tendencias del mercado, las políticas o las estrategias de las empresas, que determinan lugares diferentes para varones y mujeres.

Adicionalmente, Rausky (2015) encuentra otros factores que inciden en el tipo de tareas desarrolladas por NNYA y en la intensidad de las mismas. Menciona el orden de nacimiento y composición entre hermanos varones y hermanas mujeres, la percepción que los propios niños y niñas tienen sobre la edad en que sería permitido iniciarse en el mercado de trabajo, los ritmos sociales de la familia (eventos familiares, periodos de enfermedad de algún miembro) y los tiempos con los que cuentan.

Por lo tanto, el significado, las causas y las consecuencias del TI son diferentes de acuerdo a las relaciones sociales en términos generales, y a las relaciones de género y las relaciones intergeneracionales al nivel de las unidades familiares que tienen lugar en cada contexto (Rausky 2015). Eso permite desentrañar las dinámicas del TI que se expresan en las relaciones entre las personas adultas y los NNYA en relación con los modos de organización familiar posibles en el marco de la organización social del cuidado, las condiciones de vida y el tipo de inserción laboral de las personas adultas en cada contexto.

3.2.2 Transmisión intergeneracional de roles genéricos, formación, oficios e inserciones

Las características diferenciales de la inserción laboral de las personas adultas (analizadas en la sección 3.1), la organización de los trabajos domésticos y de cuidado en las familias, los medios y la cultura popular, la escuela y los juegos o la oferta lúdica para NNYA (Lesbegueris 2014) pueden operar como condicionantes de la transmisión intergeneracional de estereotipos, prácticas, experiencias, saberes y orientaciones diferentes entre niñas y niños, en relación con sus expectativas laborales futuras y con las prácticas de trabajo doméstico en las familias. La

reproducción de estereotipos de género en las familias y el desigual reparto de tareas domésticas y de cuidado, así como la inserción de las mujeres en sectores de actividad vinculados a tareas históricamente consideradas femeninas, donde prevalece la informalidad y la precariedad, pueden condicionar las expectativas de las niñas y las adolescentes en relación con las oportunidades que les brinda el mundo laboral, así como impulsar el desarrollo de TI a edades tempranas, en particular el doméstico. Entonces, se construye una fuerza de trabajo diferenciada ya desde edades tempranas, que se potencia en los hogares situados en la base de la estructura social y, como en un círculo vicioso, se va adecuando a una demanda laboral segregada, impulsando el desarrollo de habilidades, aptitudes y orientaciones que la validan (Maceira 2007).

En este punto, se retoman estudios que focalizan en las perspectivas e imaginarios tanto de padres y madres como de los propios NNYA respecto de la concepción de ciertas tareas como trabajo y las posibilidades de una primera inserción laboral (hacia el trabajo remunerado o no remunerado) y el desarrollo de trayectorias y carreras. Millenaar y Jacinto (2015) esbozan la idea de que las mujeres enfrentan mayores dificultades de inserción a pesar de tener una mayor formación o niveles educativos más altos. Frente a esto, destacan diferentes factores de desigualdad, como los problemas de demanda y oferta atravesados por estereotipos y mandatos culturales y la importancia de las experiencias de aprendizaje en los hogares. Por su parte, Longo (2009) ofrece también herramientas para el análisis desde tres ejes: las perspectivas y los imaginarios tanto de padres y madres como de los propios adolescentes respecto de la concepción de ciertas tareas como trabajo y las posibilidades de una primera inserción laboral; las oportunidades de hacer carrera, producto de los prejuicios y la desconfianza en el desempeño femenino de ciertos puestos por parte de las empresas; y, a nivel individual, la construcción de relaciones subjetivas con actividades diferentes según el sexo, que ejerce influencia sobre las trayectorias laborales (como se desarrolló en la primera sección). Estos significados sexuados que las personas jóvenes otorgan a la actividad influyen en sus inserciones y sus proyectos laborales y determinan, desde su inicio, lugares diferentes para varones y mujeres.

Como se viene señalando, existe una relación entre aspectos de la trayectoria educativa y de la inserción laboral de las madres con respecto a la participación y las elecciones de las hijas en el mercado laboral. Al respecto, Cordero Coma y Esping Andersen (2016) muestran que esto ocurre sobre todo a partir de la educación, los ejemplos y las conductas que circulan entre ellas. Los estudios que abordan la transmisión de responsabilidades domésticas en los niños y las niñas lo hacen desde dos hipótesis: la de la disponibilidad de tiempo, por la que padres y madres piden tareas a sus hijos e hijas por necesidad; y la hipótesis de la socialización, que apunta a que padres y madres inculcan responsabilidades como un modo de aprendizaje. Esto varía según el nivel socioeconómico, la estructura familiar, la cantidad de hijos o hijas y el empleo de la madre. El proceso de socialización no es neutral al género: la mayor responsabilidad en las tareas domésticas se inculca a las hijas mujeres y el empleo de la madre incide en esto, ya que el hecho de trabajar para el mercado influye a las niñas para inclinarse por mayores asimetrías de género en los ámbitos público y privado.

Al respecto, Cutuli (2012), en su análisis sobre el TI doméstico que vivencian las niñas hijas de fileteras marplatenses⁶, muestra cómo la niñez y el ser mujer son factores que coadyuvan para que esas tareas no sean reconocidas como una responsabilidad que cumple una función social de reproducción de la fuerza de trabajo, y así quede oculto el aporte a la dinámica familiar. Por su parte, Zenklusen (2019) aporta elementos que cuestionan el rol de la herencia de los pasos realizados por las personas adultas referentes sobre las trayectorias de las generaciones jóvenes. Refiere al concepto de «experiencia formativa» para denominar los «procesos de transmisión cultural intergeneracional» vinculados con mandatos desde la escuela, la familia y el Estado sobre las personas jóvenes, así como sus procesos de apropiación.

3.3 Evidencias sobre trabajo infantil en Argentina: estadísticas, diferencias de género y el impacto de la pandemia

Las condiciones y las diferencias de género en el TI que se fueron analizando en las secciones anteriores pueden ponerse en evidencia a partir de estudios empíricos y de datos disponibles que permiten contextualizar el estudio cualitativo.

Las estadísticas específicas más recientes, tomadas de la EANNA 2016-2017⁷, muestran que el 10 por ciento de los niños y las niñas de 5 a 15 años y el 32 por ciento de los y las adolescentes de 16 y 17 años del total del país realiza al menos una actividad productiva, con mayor incidencia en las áreas rurales. Estas estimaciones muestran reducciones respecto de mediciones anteriores de 2004 y 2012 (EANNA⁸ y MANNyA⁹, respectivamente). Esto puede explicarse, según la OIT (2017), por las mejoras en la estructura ocupacional desde 2004 y 2012, con aumentos del empleo, sobre todo del empleo formal en el sector privado con acceso a beneficios sociales y mayor alcance del sistema de protección social, que generó transferencias monetarias hacia las familias —como la Asignación Universal por Hijo (AUH)— y evitó la necesidad de incluir a NNyA en el mercado laboral para complementar o sustituir ingresos familiares (OIT 2017).

La EANNA 2016-2017 también muestra una brecha por género entre niños y niñas: entre los varones prevalecen las tareas vinculadas al mercado y entre las mujeres las tareas domésticas (el 59 por ciento de quienes realizan este tipo de tareas son niñas), situación que se acentúa al llegar a la adolescencia (INDEC 2018).

6 Trabajadoras cuya tarea es acondicionar manualmente el pescado para su venta, con cortes de cuchillo. Esta tarea en la industria marplatense está fuertemente feminizada, es intensa y se realiza en condiciones de trabajo precarias y con cobro a destajo.

7 La EANNA 2016-2017, a diferencia de la de 2004, tiene cobertura nacional, y también urbana y rural (INDEC 2018).

8 La EANNA 2004, desarrollada también por el MTEySS y el INDEC, se aplicó en el último cuatrimestre de 2004 y abarca áreas urbanas y rurales del Gran Buenos Aires, Mendoza y dos subregiones del país integradas por tres provincias del Noroeste: Jujuy, Salta y Tucumán, y dos del Noreste: Formosa y Chaco.

9 Módulo sobre Actividades de Niños, Niñas y Adolescentes, aplicado junto con la Encuesta Anual de Hogares Urbanos (EAHU) durante el tercer trimestre del año 2012.

Las brechas de género también se manifiestan al analizar la situación ocupacional. Los varones suelen involucrarse, a medida que crecen, en actividades destinadas a terceras personas, mientras que en las mujeres, a medida que pasan a la adolescencia, parece consolidarse la vinculación con el trabajo familiar o el cuentapropismo. Por otro lado, las situaciones de TI se condicionan con la pertenencia a hogares monomarentales y a aquellos con bajos ingresos laborales, sujetos a la informalidad de los puestos de trabajo de las personas adultas (OIT *et al.* 2017; INDEC 2018). También se advierten diferencias de género en relación con los horarios en los cuales se llevan adelante las tareas: si bien solo el 13 por ciento de los NNyA se desempeñan en horarios nocturnos, es entre las mujeres donde ello ocurre en mayor medida (16,6 por ciento frente al 11,2 por ciento de los varones). De acuerdo con esa fuente, ello se asociaría con tareas vinculadas al cuidado de personas que, como se puso en evidencia a partir de los datos sobre la inserción laboral de las personas adultas, son altamente feminizadas.

La OIT (2020) expone que las niñas realizan las peores formas de TI. Si bien las estadísticas dan cuenta de una mayor cuantía de niños que trabajan, esta fuente considera que se debe a un sesgo por subcaptación, específicamente de niñas trabajadoras en labores agrícolas de pequeña escala, trabajo doméstico para terceras personas, trabajo en comercios familiares ubicados en domicilios particulares o tareas domésticas intensivas en el propio hogar, así como también en explotación sexual comercial, trabajo forzado o trabajo en condiciones de servidumbre. Todas estas últimas actividades, por ser ilícitas, son más invisibilizadas incluso para las propias comunidades en que ocurren.

Los resultados de la EANNA 2016-2017 en ámbitos urbanos también permiten verificar las dimensiones que permean las expectativas de los NNyA trabajadores de forma diferenciada según el género. Existen diferentes expectativas entre las niñas y las adolescentes mujeres respecto de las de los niños y los adolescentes varones. Específicamente, se presenta con fuerza en ambos sexos el interés por avanzar en sus estudios, pero ello ocurre en mayor medida entre las niñas y las adolescentes. No

obstante, a medida que ellas crecen se vislumbra como más importante la alternativa de continuar su educación mientras trabajan. Entre los varones, si bien el estudio forma parte de sus expectativas, se observa que toma más fuerza la intención de vincularse al mundo del trabajo de forma exclusiva.

Estudios recientes comienzan a describir los impactos de la pandemia sobre niños, niñas y adolescentes. Uno de ellos es el que analiza los resultados de la Encuesta de Percepción y Actitudes de la Población sobre el impacto de la pandemia del COVID-19 en los hogares con NNyA elaborada por UNICEF y aplicada en abril de 2020 en el AMBA (Foglia 2020). Allí se muestra que los NNyA ocupan gran parte del tiempo anteriormente asignado a la escolaridad presencial a colaborar «en el sostenimiento de las actividades domésticas y de cuidado en un contexto de reducción de cualquier tipo de ayuda externa» (Foglia 2020, 61), desarrollando tareas de limpieza, de cocina y de cuidado de hermanos o hermanas mayoritariamente.

En el mismo sentido, Arza (2020) da cuenta de la redistribución de los arreglos familiares respecto del cuidado que tuvo lugar durante la pandemia, y que afecta particularmente a los hogares con una alta demanda de cuidado directo, con hijos o hijas más pequeños, que, por lo tanto, son más vulnerables a los altibajos de la economía ante la imposibilidad de adecuarse a un modelo de «doble ingreso» para diversificar los riesgos. Durante el periodo de ASPO, los NNyA aumentaron la participación en las tareas del hogar y de cuidado, como la limpieza, la cocina y el cuidado de hermanos o hermanas, y ello se observa con mayor intensidad en los hogares de nivel educativo bajo y medio¹⁰.

El estudio de Foglia (2020) destaca, además, la multidimensionalidad de los impactos en este grupo poblacional —más importantes para los NNyA en situación de pobreza— sobre la educación, la salud física y mental, la nutrición y la recreación. En esta línea, según los datos de la EPH presentados en MECON y UNICEF (2021), en el segundo semestre de 2019 la pobreza por ingresos alcanzaba al 25,9 por ciento de los hogares y al 44 por ciento de los hogares con NNyA, lo que

¹⁰ A partir de datos de la Encuesta de Percepción y Actitudes de la Población y de las medidas adoptadas por el Gobierno sobre la vida cotidiana (UNICEF 2020).

representaba el 35,5 por ciento del total de personas y el 53 por ciento de NNyA por debajo de la línea de pobreza. Estos niveles aumentaron en el primer semestre de 2020, en el contexto de la pandemia, alcanzando al 30,4 por ciento de los hogares y al 49 por ciento de los hogares con NNyA (40,9 por ciento del total de personas y 57 por ciento de los NNyA). En los hogares monomarentales la pobreza alcanzó al 59 por ciento de los hogares y al 68,3 por ciento de los NNyA.

Se cuenta también con información cualitativa, a partir del estudio de Roig (2020), acerca del incremento de la demanda alimenticia en el AMBA y de la gestión de la crisis por parte de las organizaciones sociales en la provisión de cuidados de tipo comunitario a las familias, la que se orientó al aprovisionamiento de alimentos frente al deterioro de la calidad de vida. La pandemia implicó la reorganización de la economía cotidiana y del trabajo y ello derivó en cambios en las dietas alimentarias, la rotación del pago de servicios y una orientación a gastos en productos de sanidad e higiene. Sobre la reorganización de los cuidados, esta investigación resalta el lugar que asumen los hermanos y las hermanas mayores, quienes debieron posponer tiempos propios para cumplir con esa tarea. Finalmente, Tuñón y Sánchez (2020) describen las complejidades para mantener la continuidad pedagógica debido al acceso desigual a la conectividad y a dispositivos tecnológicos, así como las postergaciones de la atención preventiva de la salud.

La pandemia, además de la reducción de los ingresos familiares, implicó el cierre de servicios y de espacios educativos y de cuidado y las restricciones del aislamiento, lo que generó efectos desestabilizadores en las estrategias de las familias para mantener los niveles de bienestar y de desarrollo de los NNyA y en la conciliación entre trabajo remunerado y reproductivo. Por un lado, el cierre físico de escuelas profundiza las brechas de aprendizaje entre los NNyA y el bienestar, la protección y la salud mental por la pérdida de espacios de juego, educativos, de convivencia entre pares y otras situaciones de sociabilidad. Asimismo, como correlato de la situación descrita, implica una sobrecarga de las tareas de cuidado y de acompañamiento en la educación no presencial para las mujeres (MECON y UNICEF 2021).

La información relevada en octubre y noviembre de 2020 por la OIT, el Observatorio de Trabajo Infantil y Adolescente (OTIA), el MTEySS y UNICEF en el marco de la Encuesta de Indicadores Múltiples por Conglomerados (MICS, por sus siglas en inglés) sobre el impacto del COVID-19 muestra el aumento de la cantidad de NNyA de entre 13 y 17 años que realizan tareas orientadas al mercado. En gran medida, el inicio de tales actividades tuvo lugar durante el ASPO y se visibiliza una intensificación en la búsqueda laboral, tanto entre quienes ya estaban ocupados como entre quienes eran inactivos. Para quienes ya trabajaban, esta fuente advierte sobre una mayor carga y una intensificación de las tareas con sesgos por género. Si bien las tareas de cuidado y domésticas resultan más intensas en el periodo de ASPO para todos los NNyA (entre quienes anteriormente no las hacían, un tercio realiza tareas de este tipo en el nuevo contexto), recayeron mayormente sobre las mujeres (MECON y UNICEF 2021). Los determinantes del aumento de estas situaciones de TI refieren a la inexistencia o la reducción de los ingresos laborales de sus hogares, la pérdida de empleo, o la reducción de horas, de clientes, de oportunidades de «changas»¹¹, o suspensiones de los miembros adultos, sobre todo en aquellos hogares monomarentales donde prevalecen ocupaciones informales, que han sido las más afectadas.

11 Tareas menores y ocasionales a cambio de una retribución.

► 4. Presentación de resultados: el trabajo infantil en los casos estudiados, sus condicionantes y significados desde la perspectiva de género

En esta sección se desarrollan los principales hallazgos del estudio. Se sistematizan aspectos relevantes identificados en los relatos de las personas entrevistadas respecto de decisiones, prácticas, experiencias y costumbres que desembocan en la introducción temprana de NNyA en el mundo del trabajo, sea para el mercado o dentro del ámbito familiar, y que evidencian desigualdades de género. Tal como se mencionó en el apartado sobre la metodología y se detalla en el anexo, la muestra se compone de 17 hogares en los que viven 19 NNyA que realizan alguna actividad productiva. Por el contexto de pandemia, que obligó a realizar el trabajo de campo de forma remota (telefónica), las entrevistas se realizaron a niños, niñas y adolescentes a partir de los 13 años y a las personas adultas con quienes conviven. En este análisis se ponen en diálogo esos relatos para, primero, presentar una breve descripción de las tareas que realizan los NNyA entrevistados y, luego, ponerlas en relación con los condicionantes del TI desarrollados en la sección anterior.

4.1 Tareas realizadas por niños, niñas y adolescentes y evidencias de estereotipos de género

Los NNyA entrevistados comenzaron a trabajar mayormente durante la pandemia o unos meses antes, a lo largo del año 2020. Solo algunos mencionan haber realizado actividades productivas antes, sobre todo quienes tienen mayor edad (16 o 17 años). Las experiencias más tempranas de trabajo se sitúan entre los 10 y los 11 años, siempre vinculadas a tareas realizadas junto a algún familiar, en coincidencia con los resultados

de la EANNA 2016-2017, que dan cuenta de que la edad bisagra de entrada al mercado laboral se sitúa en los 11 años. Si bien esa edad es considerablemente menor a la permitida por la legislación laboral, en los relatos parece ser considerada una edad adecuada para comenzar a tener experiencias de trabajo. Tal como lo expresan las personas entrevistadas, esa mirada varía de acuerdo al lugar donde son realizadas las actividades: en las edades más tempranas se aceptan más aquellos trabajos realizados en el hogar y/o con familiares, y no tanto los trabajos que se realizan para terceras personas o en otros sitios.

Más allá de algunas menciones a actividades anteriores, los relatos se centran en los trabajos y las actividades que se encuentran realizando al momento de las entrevistas, durante el periodo de pandemia. Se verifica en varios casos que llevan adelante más de una actividad, aunque no siempre las identifican como tales en las conversaciones. En algunos casos, van mencionando de forma tardía aquellas que les resultan más naturalizadas, o bien porque lo hacen acompañando a personas adultas del entorno familiar desde hace mucho tiempo, o bien porque no reciben una remuneración monetaria a cambio y queda desdibujada su percepción de estas tareas como trabajo.

Se identifican distinciones de género en referencia al lugar donde desarrollan las actividades y a su situación ocupacional. Las mujeres se vinculan a actividades de comercio (venta de helados, ropa), elaboración de alimentos caseros o productos textiles y actividades de cuidado, las que realizan dentro de su hogar o en los hogares de familiares. En las entrevistas parece que genera seguridad que las niñas se mantengan en el hogar («porque

es muy chica»), aunque eso implique vincularse con clientes adultos sin la presencia de una persona mayor que las acompañe.

- «Soy la que vende acá en mi casa, pero mi mamá se encarga de comunicarse con la chica y eso. [...] Pongo el cartel afuera y viene la gente del barrio.» (Mayra, 14 años)¹²

Las tareas realizadas por NNyA se muestran atravesadas por las dificultades de conciliación entre el trabajo remunerado y las tareas de cuidado que viven sobre todo las madres, como se verá más adelante en los relatos sobre sus trayectorias e inserciones laborales. Entonces, siguiendo a Labrunée y Dahul (2017), se ve claramente cómo se reproducen y naturalizan estereotipos de género que asocian las tareas de cuidado a las niñas, quienes repiten prácticas de TI doméstico en las familias, al igual que lo hicieron sus madres cuando eran niñas. El cuidado aparece para muchas niñas y adolescentes mujeres, en palabras de sus familias, como una tarea que les «sale naturalmente», que les resulta fácil por la empatía que tienen con niñas y niños pequeños y que las ayuda a tener un ingreso, una organización cotidiana y ser responsables, sin importar la intensidad con que sea realizada (cabe recordar que se considera TI cuando conlleva 15 o más horas semanales para mayores de 13 años). En contraste, los varones desarrollan mayormente actividades fuera del hogar, aunque en las edades más tempranas las realizan en vinculación con personas adultas de referencia familiar. Esas tareas son jardinería, lavado de autos, reparto de productos, metalurgia, construcción o taller de calzado. En general, los trabajos son realizados durante el día¹³.

En los casos donde se les preguntó por el acceso a derechos laborales, las condiciones de trabajo o elementos de protección, sobre todo los varones manifiestan escasos conocimientos sobre normas o pautas de seguridad, no se lo han preguntado anteriormente y no se cuestionan su adecuación o no.

Las mujeres parecieran reconocer un poco más las vulneraciones ejercidas por sus empleadores o empleadoras respecto de los elementos de seguridad y protección personal¹⁴.

La decisión de trabajar es planteada por los NNyA como personal y propia, justificada en el deseo de «ayudar en la economía familiar» y, en muchos de los casos, para alivianar especialmente los esfuerzos de las madres.

- «A veces nos faltó para comer y teníamos que venir a buscar a lo de la abuela, por eso salí a cortar pasto.» (Lautaro, 15 años)

También se destaca un determinante adicional vinculado a la situación de ASPO y la virtualización de la escolaridad, ante la cual el trabajo permite acceder a la conectividad y a los dispositivos necesarios, tal como se profundizará más adelante.

En el caso de los varones, aparece otro rol estereotipado en aquellos que son primogénitos en hogares monoparentales (Rausky 2015), quienes se autoadjudican la responsabilidad de sustentar a la familia mediante su trabajo, al menos en parte:

- «Para tener plata y darle de comer a mis hermanas y esas cosas.» (Lautaro, 15 años)

Además de aspectos vinculados a «decisiones personales», es importante analizar factores externos que condicionan el TI. La bibliografía revisada en clave de desigualdades de género posiciona las dificultades del contexto y las trayectorias laborales vinculadas a puestos de trabajo precarios e intermitentes de las personas adultas como condicionantes que explican las decisiones respecto del TI de los hijos y las hijas. En el siguiente apartado se avanza en las descripciones de estas problemáticas, las cuales se profundizan durante las restricciones por la pandemia del COVID-19 y permiten comprender las situaciones de TI desde un enfoque constructivista y situado histórica, política y culturalmente (Rausky 2021).

12 Se optó por incluir los nombres de pila de las personas entrevistadas para referenciarlas, junto con la edad.

13 De acuerdo a la normativa, si bien está permitido que los y las adolescentes de 15 a 17 años desarrollen ciertas actividades, no pueden realizar trabajo nocturno entre las 20 y las 6 horas en el caso de trabajo urbano, y entre las 20 y las 5 horas en el caso de trabajo agrario. Se prohíben los trabajos peligrosos, penosos o insalubres y la realización de horas extras (INDEC 2018).

14 Un caso paradigmático es el de una adolescente que trabaja en un taller de costura.

4.2 Contexto, inserción y trayectorias laborales de las personas adultas de las familias

4.2.1 Inserciones laborales, economía familiar e impacto de la pandemia

Los hogares entrevistados muestran diferentes composiciones y relaciones de parentesco con los NNyA de referencia¹⁵. Según se trate de hogares donde convive algún menor con ambos padres, solo con su madre o con más familiares (abuelos, abuelas, tíos, tías) y según tengan más o menos hermanos o hermanas convivientes, se identifican distintos modos de división sexual del trabajo. Estos modos claramente impactan en las percepciones con respecto al TI —tareas, edades, expectativas—, y estas se diferencian entre niñas, niños, adolescentes mujeres y adolescentes varones.

En los hogares donde conviven la madre, el padre y el NNyA se mantiene una división de roles tradicional: el hombre proveedor y la mujer a cargo de las tareas domésticas y de cuidado de hijas e hijos en el hogar, quien en algunos casos sale al mercado de trabajo como trabajadora adicional para completar los ingresos inestables del cónyuge (Aparicio *et al.* 2007; Muñiz Terra 2015). Esa distinción se reproduce al momento de la división de tareas domésticas al interior del hogar, con escasa participación del varón adulto en esas actividades. La desigual distribución de los trabajos remunerados y no remunerados se justifica en varios relatos con la idea de que, como el varón se ocupa de mantener el hogar económicamente, la mujer compensa encargándose de las tareas del hogar. En muy pocos casos los roles se invierten, siendo las mujeres adultas quienes aportan el principal ingreso económico al hogar, mientras sus cónyuges varones están desocupados o con ingresos más bajos e intermitentes. En esos casos, los varones reconocen ocuparse «un poco más» de las tareas domésticas y de cuidado, pero en ninguno reemplazan completamente a las mujeres, sino que comparten esas actividades. En los casos de estudio se pone en evidencia que la salida de las mujeres al

mercado laboral para sostener económicamente el hogar no es acompañada por un reparto equitativo del trabajo no remunerado dentro del hogar con sus compañeros varones, tal como se revela en los estudios estadísticos citados al inicio, que muestran una mayor carga horaria de este tipo de trabajo en las mujeres. Todas estas situaciones y experiencias son consideradas al momento de expresar las expectativas. En estos hogares es frecuente que las tareas domésticas sean distribuidas entre madres e hijas e hijos, más que con los padres; además, como se mencionó anteriormente, las niñas y las adolescentes se ocupan en mayor medida que los niños de «ayudar a las madres» a través de la realización de trabajo doméstico y en varios casos de cuidar a sus hermanos o hermanas.

En las familias en las que conviven hijos o hijas solo con sus madres, estas son el principal sostén económico del hogar, en varios casos con ayuda del ingreso del NNyA. Además, cargan con todas las responsabilidades domésticas y de cuidado de sus hijas o hijos. Se observa para estas mujeres una carga laboral intensa, con una doble jornada de trabajo que durante la pandemia se hizo aún más intensa por la sobrecarga de cuidado que trajo aparejada. En estos hogares se reitera que las hijas y los hijos toman más responsabilidades respecto de tareas domésticas, con el fin de colaborar con sus madres, sobre quienes —como se desarrolla más adelante— perciben «sacrificios» y «esfuerzos» para sostener a la familia.

En los hogares donde conviven abuelos o abuelas con nietos o nietas se identifican situaciones de cuidado recíprocas de manera indirecta: en esos casos las madres y/o los padres tienen más resueltos algunos tiempos de cuidado, dado que los NNyA acompañan a sus abuelos o abuelas mientras estos los cuidan.

En todos los hogares se vive una situación laboral y económica muy compleja por el impacto de la pandemia del COVID-19. La vulnerabilidad laboral es evidente y afecta por igual a varones adultos y mujeres adultas de estas familias, ya que muy pocos casos están insertos en empleos registrados, con ingresos estables y goce de derechos básicos como licencias, obra social y aportes jubilatorios

¹⁵ Ver el Anexo sobre las características de la muestra.

y cierta estabilidad, de manera consistente con los resultados de estudios recientes como el de MECON y UNICEF (2021) y el de Poy (2021). Por el contrario, la mayoría tiene empleos precarios con ingresos por debajo de la línea de pobreza, sin registro ni estabilidad y, en consecuencia, durante el ASPO no recibieron ingresos fijos a excepción de las transferencias del Estado, como el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE) y la Asignación Universal por Hijo (AUH) u otro subsidio (por ejemplo, por discapacidad de algún hijo o hija). En el caso de las personas mayores, la precariedad de sus inserciones no les permite acceder a su jubilación, aun superando la edad que indican las normativas.

Tal como se ve en los indicadores laborales sobre el impacto de la pandemia reseñados anteriormente, las mujeres con más carga de cuidados son las que se vieron más afectadas por la crisis y, también, quienes tienen los mayores obstáculos para reincorporarse a la vida laboral, mantener sus puestos o buscar un nuevo empleo. En este sentido, se repiten situaciones en las que las mujeres se encuentran sin empleo o con trabajos muy precarios e inestables, ya que la mayoría se ocupan como empleadas de casas particulares, no registradas, y al verse interrumpido ese servicio por las medidas de ASPO quedaron sin ningún ingreso, en concordancia con lo que señalan Ernst y Mourelo (2020). Algunas de ellas buscaron estrategias de supervivencia alternativas, como ocuparse en «changas» de venta de productos alimenticios o de atención esporádica en locales comerciales barriales, todas inestables. Muchos adultos varones también se encontraban retomando sus trabajos con una inserción inestable y precaria. En varios casos mencionan haber retomado la actividad de forma «clandestina» ante las restricciones por la pandemia.

Si bien los varones y las mujeres comparten niveles similares de precariedad e inestabilidad en sus inserciones, al observar la distribución de sus ocupaciones según los tipos de actividad se reconoce claramente la segregación laboral por género a la que tanto Faur (2018) como Ernst y Mourelo (2020) hacen referencia: los varones se dedican a actividades vinculadas a la construcción, los oficios de mantenimiento y en sectores industriales; ellas se dedican principalmente al servicio doméstico, la costura, la elaboración y/o la venta de alimentos. Incluso los pocos trabajos registrados que se mencionan también pertenecen a esas actividades. Esta diferenciación de género se identifica claramente a

lo largo de sus trayectorias laborales y educativas, tal como se describe a continuación.

Esta segregación ocupacional por género puede verse también en los trabajos que realizan los NNyA, como se detalló en la descripción de sus tareas: hay muchos casos en que las niñas y las adolescentes realizan tareas similares a las que llevan adelante sus madres (venta en el hogar, limpieza, costura, cuidado de otros niños o niñas), mientras que muchos niños y adolescentes varones se acercan a los trabajos de sus padres, por tener que acompañarlos (albañilería, jardinería, venta ambulante) o porque sus actividades se asemejan a las que sus padres realizan o realizaron a lo largo de sus trayectorias. En este sentido, se comienza a poner en evidencia que las inserciones y las trayectorias laborales de las personas adultas van configurando y condicionando el TI de sus hijos e hijas con claras diferencias de género, como se desarrolla a lo largo de las siguientes secciones.

4.2.2 Trayectorias laborales y conciliación entre trabajo remunerado y no remunerado

Al observar las trayectorias laborales de las personas adultas entrevistadas, llama la atención que en casi todos los casos se trata de vidas laborales iniciadas a temprana edad, a alrededor de los 12 años. La mayoría fueron trabajadores o trabajadoras infantiles y adolescentes en condiciones que hoy, de acuerdo a la legislación vigente, se consideran prohibidas o sin protección; es decir, realizaban tareas con carga horaria superior a la indicada por la legislación actual. Claramente, reprodujeron en sus primeras incursiones laborales estereotipos de género, los cuales, en muchos casos —como ya se describió y se detalla más adelante—, se siguen transmitiendo y reproduciendo respecto de sus hijos e hijas: cuando eran adolescentes, las mujeres limpiaban casas o cuidaban niños o niñas de otras familias a cambio de una remuneración, además de cuidar a sus propios hermanos o hermanas; los varones acompañaban a sus padres a sus trabajos o se iniciaron en oficios que aún sostienen, vinculados a la construcción o a trabajos que involucran fuerza física o saberes tradicionalmente considerados masculinos. Se repiten en ciertas familias estas actividades con sus hijas, y las mismas se encuentran muy naturalizadas:

- «No tengo problema, puedo hacer muchas cosas. [...] Mi mamá se hizo cargo de sus hermanos, siempre ayudaron.» (Ana, 17 años)

Esos inicios, que acompañaron y delinearon sus trayectorias laborales posteriores incluso a expensas de interrumpir su educación, suelen ser percibidos a la distancia como experiencias positivas, que explican las percepciones respecto del TI de sus hijos e hijas en la actualidad. En general, estas inclusiones tempranas se enmarcaron en momentos de su infancia o su adolescencia críticos (como situaciones de pobreza, muerte de la madre o el padre, enfermedades de familiares, situaciones de vulnerabilidad extrema y falta de alternativas) y fueron útiles porque les permitieron sortear esas dificultades.

Los casos de estudio revelan trayectorias generizadas y múltiples condicionalidades de género en los recorridos (Zibecchi 2014; Longo 2009). Se percibe claramente que las trayectorias masculinas son más extensas y constantes que las femeninas, con menos interrupciones vinculadas a los ciclos de reproducción familiar. A pesar de la precariedad de las inserciones, la mayoría de los varones trabajaron siempre, desde muy jóvenes, con vaivenes asociados sobre todo a problemáticas externas, relativas a las crisis económicas del contexto nacional y local y a la informalidad e inestabilidad intrínseca a sus puestos. Las trayectorias laborales de las mujeres, por su parte, se ven interrumpidas repetidas veces por las responsabilidades de cuidado, que las lleva a dejar de trabajar o bien «optar» por inserciones más inestables o precarias que ofrecen una mayor flexibilidad en los tiempos para conciliar con las obligaciones familiares (como es el caso del empleo por hora en casas particulares).

- «Trabajaba 16 horas por día, era camarera. Y cuando quedé embarazada me despidieron... Estuve con dos bebés, sin trabajar. Me separé cuando la segunda tenía 6 meses, y empecé a ir a trabajar a lugares donde me permitían ir con la bebé, que era de limpieza.» (Laura, 47 años)
- «Lo tuve al nene y ya no trabajé más, me dediqué a él y cuando me separé empecé a trabajar otra vez... para la casa y para los chicos los cinco días y todo el día.» (Yohana, 41 años)

Como se verá más adelante, estas experiencias se trasladan inequívocamente a sus expectativas respecto de la educación y de la vida laboral de sus hijas, y también a las expectativas de estas últimas. Asimismo, algunos elementos culturales —sobre todo los vínculos con la religión— mantienen firme la división sexual del trabajo hacia el cuidado y la protección de los hijos y las hijas.

- «Te digo, lo mío no es ganarme la vida con esto. Sí me gusta pero no me apasiona, no es que dejaría algo o me enfocaría a ponerlo más grande porque me roba tiempo de mis hijos, de estar con ellos, enseñarles, instruirlos, dirigirlos. Siento que los niños de ahora están así porque no están mamá y papá con ellos. [...] No tengo necesidad, estoy con mis hijos, no les faltó y conocer a Dios fue totalmente importante porque entendí que lo importante son los chicos.» (Mabel, 36 años)

Las trayectorias laborales de las mujeres no pueden analizarse por separado de la problemática de la conciliación entre trabajo remunerado y no remunerado (Zibecchi 2014). Todas las mujeres adultas entrevistadas se encuentran a cargo de los cuidados de NNyA: o lo hacen solas (por no tener pareja o porque sus parejas «no se hacen cargo») o lo comparten con sus cónyuges, pero difícilmente de modo equitativo, o reciben la «ayuda» de sus hijas mayores (y en menor medida de sus hijos). No aparecen en juego padres que compartan la corresponsabilidad del cuidado, a excepción de los pocos hogares nucleares donde el padre está desempleado y dedica más tiempo a las tareas de cuidado. Tampoco se mencionan otros actores que desfamiliaricen el cuidado, como el Estado (por la falta de disponibilidad de servicios públicos de cuidado), los empleadores o las empleadoras (por la falta de cumplimiento del registro laboral y, por ende, el no cumplimiento de licencias pagas ni permisos ni adicionales por sus hijos o hijas), ni el apoyo en organizaciones comunitarias del barrio, probablemente por el particular contexto de ASPO. Se pone en evidencia, entonces, la mencionada «crisis de los cuidados» (Faur 2018), que muestra los déficits de servicios públicos y

gratuitos de cuidado¹⁶ y las desigualdades en el reparto de esas responsabilidades, lo que redundaba en una sobrecarga de trabajo para las mujeres y también para los y las adolescentes de esas familias. Queda visible también, en los casos de estudio, lo que sostienen Rodríguez Enríquez *et al.* (2019, 5) respecto de que «los hogares (y las mujeres) que no pueden comprar cuidado y tienen acceso restringido a servicios públicos de cuidado de calidad ven limitadas sus opciones de participación económica y sobreexplotado su tiempo de trabajo no remunerado, lo que refuerza su situación de desventaja», lo que se vio profundizado por las medidas de restricción impuestas durante la pandemia. Estas situaciones son observadas por sus hijos e hijas, quienes expresan la importancia de ayudar a sus madres, ya sea colaborando con los quehaceres domésticos y/o realizando tareas para el mercado.

De la misma manera que se observa en los datos estadísticos presentados, la pandemia impuso a las familias entrevistadas una serie de reorganizaciones. Por un lado, por cambiar los tiempos dedicados al trabajo e incluso generar situaciones de desocupación, facilitando a veces el cuidado de NNyA, pero a la vez aumentando considerablemente los tiempos y las tareas de ese cuidado (por la falta de apoyos externos debido a las medidas de aislamiento). En algunos casos, se observan ciertas revisiones de varones adultos sobre los roles de género tradicionales, al encontrarse más tiempo en sus casas.

► «Primero me encontraba entre las personas que creían que los que hacían el trabajo es porque les pagaban, pero ahora que paso el tiempo en mi casa, me doy cuenta de que estaba equivocado, y que lo lógico... O sea, por ahí suena medio mal, ¿no? Lo lógico es que en un matrimonio, en una casa, sea todo compartido. [...] Entonces era como que llegaba y no hacía nada, vamos a decir la verdad. Pero esto, ahora, es más natural. No, ya te digo, no me molesta y lo hago con ganas, y lo hago queriendo.» (Sergio, 43)

En las trayectorias laborales de las mujeres se ven claramente todas las estrategias cotidianas y las conciliaciones que despliegan para poder trabajar y cuidar a la vez, en detrimento de su calidad de vida. En ellas se observa claramente cómo prescinden de una mejor inserción laboral, de tiempo libre y del cuidado de su propia salud (se trata de mujeres jóvenes que a sus 40 años ya tienen muchísimas dolencias corporales y problemas de salud crónicos). Pero también se advierte una sobrecarga y un gran sufrimiento emocional por parte de algunas mujeres en relación con sus vínculos, sus tiempos y sus posibilidades de elegir sobre sus propias vidas.

► «No puedo hacer mi vida si no tengo un trabajo estable, porque no puedo armar algo en base a nada, no tengo nada. Y ya me fui a alquilar a otro lado una vez, y duré nada porque me echaron, duré medio año, no lo pude pagar y me tuve que volver a mi casa, con una mano atrás y otra adelante. Y ahí es donde Carlos [mi esposo] agarró poder y dijo: “acá se hace lo que yo digo”.» (Claudia, 53)

Todo esto es advertido en mayor o menor medida por los hijos y las hijas, lo que impacta en sus decisiones de involucrarse en el mundo del trabajo a temprana edad. Asimismo, las situaciones de vulnerabilidad y angustia que atraviesan sus madres, que las posiciona en un rol de sumisión y dependencia económica respecto de sus parejas, al igual que la insatisfacción con los trabajos que realizaron a lo largo de sus vidas, son advertidas por sus hijas y orientan sus proyecciones a futuro hacia una intención de cambio, como se verá en detalle cuando se describen sus expectativas. No obstante, en las tareas realizadas por las niñas y las adolescentes en la actualidad se mantienen los estereotipos de género que derivan de una división del trabajo claramente desigual para varones y mujeres: ellas naturalmente responsables de las tareas de cuidado y del trabajo doméstico intenso.

¹⁶ La cobertura de instituciones de cuidado gratuitas muestra un déficit de oferta sobre todo para la primera infancia, que suele ser reemplazada por el cuidado de otros miembros de la familia, sobre todo mujeres (Cutuli y Aspiazú 2015; Faur 2018). En el nivel inicial, de la oferta para niños y niñas de 0 a 2 años más del 70 por ciento de la matrícula es cubierta por instituciones privadas, mientras que a medida que aumenta la edad las instituciones estatales cubren en mayor proporción la demanda (Steinberg y Giacometti 2019). Recientemente, el Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad de la Nación publicó el Mapa Federal del Cuidado en el que pueden consultarse las organizaciones, las instituciones y los servicios de cuidados para infancias, personas mayores y personas con discapacidad que existen en cada localización geográfica: Mapa Federal de Cuidados (mingeneros.gob.ar).

4.3 Tensiones con la educación: trayectorias educativas, continuidad pedagógica y redes de apoyo

4.3.1 Motivaciones del trabajo infantil: ¿en tensión o en vinculación con la educación en tiempos de pandemia?

En muchas ocasiones, los NNyA justifican su introducción al mercado laboral para asegurar su continuidad pedagógica. La necesidad de acceso a la conectividad se destaca como una de las razones para el TI asociada a la intención de ayudar a la familia con los gastos del hogar. El TI aparece como un camino necesario para solventar los costos asociados a cumplir con las clases virtuales y con la recepción y la entrega de tareas:

- «Lo quise empezar a hacer por la escuela, para comprarme crédito [para el celular].» (Milagros, 16 años)
- «Lo pongo [el dinero que gano] para internet cuando no hay suficiente plata.» (Mayra, 17 años)

Esta exigencia de una gestión individual para garantizar el derecho a la educación muestra, por un lado, la ausencia o la demora en la respuesta del Estado para asegurar la infraestructura necesaria en este sentido y, por otro lado, contradice las explicaciones clásicas respecto de la tensión permanente entre TI y educación. Es decir, bajo este contexto, se puso en evidencia la aparición de situaciones de TI como medio para asegurar el derecho a la educación y a la información.

Por otro lado, la implementación de clases no presenciales aceleró en varios de los casos la inserción laboral de NNyA, en tanto redujeron o permitieron reorganizar el tiempo requerido para las actividades escolares y conciliar con más facilidad el trabajo y los estudios:

- «Este año más que nada, los otros años no, porque iba al colegio todos los días y no tenía tiempo porque estaba todo el día.» (Amin, 17 años)

En algunos casos, se observa falta de incentivo respecto de los estudios durante buena parte del ciclo lectivo 2020, sobre todo entre varones, circunstancia que hacia el final del año 2020 y el inicio del 2021 parece revertirse gracias a instancias adicionales generadas desde las escuelas¹⁷.

En este punto, emerge una diferencia de género al reflexionar sobre la posibilidad de que en el siguiente ciclo lectivo (2021) se retome la presencialidad: las niñas y las adolescentes exponen que optarán por abandonar la actividad productiva para cumplir con las obligaciones escolares, mientras que para los varones, si bien admiten que será necesaria una reestructuración de los tiempos, la opción de dejar de lado el empleo no aparece claramente. Al proyectar el año siguiente, se advierte en los resultados de la cuarta ronda de la Encuesta de Percepción y Actitudes de la Población sobre el impacto de la pandemia del COVID-19 y las medidas adoptadas por el Gobierno, realizada por UNICEF en abril y mayo de 2021, un incremento del TI realizado para el mercado del 16 al 23 por ciento respecto de las mediciones de octubre de 2020 (UNICEF 2021).

Estas tensiones entre trabajo y educación que emergen con fuerza en las vidas de los NNyA en las circunstancias particulares que impone la pandemia también se observan en los inicios de las trayectorias de sus madres y padres, de forma diferente según el género. Como menciona Longo (2009), las motivaciones para las primeras inserciones laborales en los varones jóvenes se encuentran atravesadas por referencias tradicionales de actividades que definen sus identidades varoniles y su reconocimiento social, en las que, por ejemplo, mantenerse inactivo por estudiar tiene una connotación negativa. Mientras tanto, en las mujeres, las razones subjetivas que incitan a la búsqueda del primer empleo o a trabajar de forma independiente se caracterizan por una tensión simbólica entre autonomía e independencia en la construcción de su identidad de

¹⁷ Sin embargo, en la cuarta ronda de la Encuesta de Percepción y Actitudes de la Población se da cuenta de que en el conurbano el 31 por ciento de los NNyA no han retomado la escolaridad en 2021.

género, que se muestra como desafío permanente a lo largo de toda su trayectoria. Allí, la educación juega un rol más claramente emancipador para las mujeres, quienes defienden claramente su continuidad.

4.3.2 Trayectorias educativas de las madres y los padres

En muchos casos, las madres y los padres entrevistados no tuvieron la oportunidad de estudiar por diversas circunstancias de sus historias familiares y, en general, consideran que esa carencia los condujo a trabajos precarios y menos oportunidades. Se trata de personas adultas que o bien completaron solamente sus estudios primarios y realizaron algunos años de la escuela secundaria o, en algunos casos, finalizaron el secundario, pero ninguno tiene estudios terciarios o universitarios. Al buscar las causas de la interrupción de sus trayectorias educativas, destacan situaciones de necesidad económica, de pobreza extrema, de abandono y separación o muerte de personas adultas en la familia. También mencionan que cuando eran niñas o niños sus padres no los incentivaron a finalizar los estudios porque eran «otras épocas», a pesar de que la mayoría no tiene más de 50 años.

Las diferencias de género son significativas en esta dimensión. Muchas mujeres suelen mencionar interrupciones en los estudios por las dificultades de conciliarlos con la maternidad (que ocurrió siendo muy jóvenes) y la consecuente carga del cuidado de los hijos y las hijas y de las tareas del hogar. Los varones también hacen referencia al impacto de la conformación de una familia sobre su educación, pero siempre en relación con la necesidad de trabajar (para el mercado) para obtener más ingresos y poder sostenerla económicamente. Estos datos aportan evidencia a la razón por la cual las tasas de jóvenes que ni estudian ni trabajan («nini») resultan, históricamente, más altas en el caso de las mujeres: casi el 70 por ciento de los y las jóvenes adolescentes catalogados como «nini» cuidan de sus hijos o hijas, hermanos o hermanas, o de personas mayores; el 95 por ciento son mujeres y casi el 80 por ciento pertenecen a los dos quintiles más bajos de ingresos (De León 2017).

Es interesante destacar que algunas mujeres se encuentran estudiando actualmente alguna carrera o

curso que habían interrumpido con el nacimiento de sus hijos o hijas, en tanto lo consideran «una cuenta pendiente», «un desafío» o un modo de «dar el ejemplo a sus hijas». Aparece con claridad en ellas la idea de que completar los estudios les hubiera permitido insertarse en empleos mejores y así lograr su independencia económica:

- «De chica no me daba cuenta... siempre dije: jamás voy a limpiar casas, porque lo hacía mi mamá. Y lo terminé haciendo. Ningún trabajo es malo, pero podría haber hecho más... Si hubiese tenido un título o una carrera me hubiese ido un poco mejor, seguro.» (Mónica, 36 años)

En contraposición con ese pasado en que en sus familias se relegó la educación, en la actualidad la valoran como un medio para conseguir mejores trabajos y mejores condiciones de vida. En sus relatos aparece explícito ese mensaje hacia sus hijas e hijos. La frase relativa a que es necesario «como mínimo el secundario para tener un trabajo en blanco» se repite para señalar las dificultades que se encuentran al momento de buscar un empleo asalariado registrado.

Las madres se identifican como más «estrictas» o más «rígidas» respecto de la obligación de estudiar de sus hijas e hijos «para que tengan un mejor futuro» o «puedan elegir qué hacer». Aquí vuelven a ponerse en evidencia las trayectorias generizadas (Zibecchi 2014) y las percepciones diferentes de los varones y las mujeres respecto de las oportunidades, en relación con las experiencias vividas. Las trayectorias educativas de sus madres, las interrupciones de sus estudios y las dificultades atravesadas por haber dejado la escuela son cuestiones que las hijas mujeres reconocen en sus relatos como circunstancias que no quisieran repetir. Estas niñas y adolescentes mencionan límites en sus ocupaciones laborales, no las ubican como prioritarias y se muestran firmes en sus decisiones de priorizar la escolaridad. Reciben el apoyo de sus madres, quienes a pesar de avalar que trabajen a temprana edad, también las incentivan (e incluso se los exigen) a no dejar la escuela.

Por su parte, para algunos adultos varones con poca trayectoria educativa y una vida de trabajo en oficios y empleos inestables, los estudios o los contenidos impartidos en la escuela no muestran un significado relevante en sus vidas o trayectorias.

Valoran la escuela en tanto espacio que ofrece experiencias de socialización, es decir, como medio para conocer diferentes ambientes y diferentes personas a las del núcleo familiar. Algunas expresiones en este sentido afirman que la escuela «te forma para cosas que te pasan en la vida» y que sirve para «abrir la cabeza». En contraste, cuando exponen su mirada sobre la educación de sus hijas e hijos, las respuestas marcan una valoración positiva hacia los conocimientos, específicamente del nivel superior, terciario o de formación en oficios (no así con respecto a la escuela secundaria), como un medio para mejorar las oportunidades, y sobre todo para «poder trabajar en lo que quieran».

Por otro lado, algunos padres consideran que muchos «valores y habilidades se aprenden trabajando», que se afianzan más si se adquieren en la niñez o la juventud, y no vinculan tanto esos valores a la educación formal sino a la disciplina del trabajo. Esto permea las percepciones respecto de sus propias experiencias como trabajadores infantiles y de las situaciones de TI de sus hijos e hijas, tal como se presenta en la sección dedicada a analizar las expectativas y los significados otorgados al TI.

En general, se observa en los relatos la reproducción de la concepción de la educación como un medio de ascenso social que tiene una alta valoración. Pero ese imaginario contrasta con los hechos de las historias de estas familias, donde la educación se desdibuja, sobre todo por la falta de oportunidades derivadas de múltiples dificultades económicas y sociales, y desigualdades de género que fueron limitando sus oportunidades de mejores condiciones laborales y de bienestar social. En ese sentido, se observa cómo a la vez que se incentiva la continuidad pedagógica de los hijos y las hijas en un intento de ruptura y superación de las dificultades vividas en las propias trayectorias por parte de las personas adultas de la familia, también se acepta el TI aunque pueda representar una traba a la educación. La necesidad derivada de las dificultades económicas, como condicionantes del TI, entra en constante tensión con la dimensión educativa.

4.3.3 Apoyo y redes de acompañamiento

En relación con los ámbitos de contención, la escuela como principal espacio de socialización y

de vinculación de los NNyA con el Estado y como principal proveedora de cuidado fuera de la familia redujo su rol durante la pandemia por la suspensión de la presencialidad. Mantuvo el contacto principalmente como ámbito de contención material mediante el servicio alimentario, altamente valorado por las familias. Con respecto al acompañamiento en el proceso pedagógico y en el aprendizaje de contenidos, la vinculación con la escuela resultó dificultosa, mayormente por problemas de escasa conectividad y, luego, por la falta de incentivo de los propios NNyA, sobre todo en el caso de los varones. Las limitaciones en la conectividad exigieron que las familias busquen estrategias, entre las que puede identificarse el traslado a hogares de familiares con acceso a internet y, en repetidos casos y como ya se explicitó, la introducción de las y los adolescentes al mercado de trabajo para contar con los ingresos suficientes para el pago del servicio de internet.

Dado que la escuela como ámbito de contención vio erosionado su rol, resulta interesante indagar en otras redes de apoyo que hayan podido tomar relevancia en este periodo. En general, de las entrevistas se desprende que resultan escasas las redes de contención barriales a las que las familias acuden o reconocen como disponibles al momento de las entrevistas, frente a necesidades económicas (la excepción es una madre que trabaja en una cooperativa barrial) y de cuidado. Se mantienen, para estos casos, los vínculos intrafamiliares y con familiares que no conviven en el hogar. En cuanto al cuidado, esta última alternativa se vio afectada durante los primeros meses de la pandemia por las disposiciones de ASPO y las precauciones especiales para las personas mayores (abuelos y abuelas), aunque en algunos de los casos el cuidado resulta ser indirecto (Esquivel *et al.* 2009) y recíproco (abuelas y nietos se acompañan mutuamente).

En las menciones al periodo anterior a la pandemia, resalta la vinculación de los NNyA a actividades deportivas en clubes. Esta les ofrecía un marco de contención que les permitió conocer a quienes consideran sus referentes (personas «famosas» relacionadas con esos deportes) y les amplió el abanico de opciones y experiencias, en las que destacan los valores y los esfuerzos de sus ídolos para alcanzar sus objetivos, sobre todo en el caso de los varones. Estas instancias también se vieron limitadas durante la pandemia por la imposibilidad de asistir a clubes y a actividades recreativas o deportivas.

Más allá de esas menciones, para los NNYA entrevistados, sus referentes más cercanos y valorados se limitan al ámbito de los vínculos intrafamiliares, fundamentalmente a la madre, que suele ser vista como «una luchadora», «alguien que va para adelante» a pesar de las adversidades.

- «Mi mamá es muy trabajadora, trabaja para nosotros, para poder alimentarnos y todas esas cosas, y es un sacrificio muy grande. Por eso es mi ídola. Quisiera de grande poder trabajar, tener mis hijos y hacer todo lo que ella hace.» (Martín, 15 años)

Entonces, la casa familiar —al menos durante el periodo indagado— pasó a ser el ámbito en donde transcurrían todas las actividades vitales, laborales, educativas, de contención y de esparcimiento, y la familia se posiciona como el principal grupo de apoyo y contención. En ese contexto, la mirada romantizada sobre el trabajo y «los sacrificios» de las personas adultas —sobre todo de sus madres— atraviesa con más fuerza a los NNYA, quienes viven con más intensidad las necesidades, los esfuerzos y las carencias que la pandemia profundizó y que, en muchos casos, consideran que están contribuyendo a atravesar con su trabajo.

4.4 Significados sobre el trabajo, percepciones y expectativas: diferencias de género y generacionales

4.4.1 El significado otorgado al trabajo: diferencias de género y generacionales

En esta sección se describen las percepciones acerca del trabajo que se rescatan, primero, de los relatos de las personas adultas en relación con sus propias experiencias y, luego, de los NNYA sobre el trabajo de sus madres y sus padres. Si bien se intenta diferenciar las dos miradas, claramente se pone en evidencia la transmisión intergeneracional de sentidos y valoraciones que hace que esas distinciones sean algo difusas.

Anteriormente, se ha comprobado que el trabajo ocupa un lugar central en las vidas de las personas

adultas entrevistadas: un trabajo intenso que pocas veces resulta satisfactorio. Tanto varones como mujeres lo viven como el medio para la subsistencia, por lo que toleran actividades de gran intensidad, sacrificio y baja retribución económica, todo lo cual permea sus percepciones y naturaliza muchas prácticas de TI de sus hijos e hijas, con claras diferencias de género.

Este estudio considera una concepción ampliada del trabajo, que abarca los múltiples modos y formas que adquiere en la actualidad, desde el trabajo remunerado (formal e informal, asalariado y no asalariado, estable e inestable) al no remunerado (doméstico y de cuidado) (Aspiazú 2014), para intentar reconstruir la noción de trabajo de las personas entrevistadas. En las descripciones de sus inserciones y trayectorias, los varones adultos mencionan casi exclusivamente sus trabajos remunerados y solo aluden a las tareas del hogar como ayudas o colaboraciones con la organización familiar. En cambio, en las mujeres aparece con más presencia e intensidad la mención de las múltiples actividades domésticas y de cuidado no remuneradas que realizaron a lo largo de sus vidas y que las define como mujeres trabajadoras.

Ahora bien, cuando se indaga más explícitamente en cuál es el significado que otorgan estas personas adultas al trabajo, se busca identificar si las tareas no remuneradas tienen la misma jerarquización que las que se hacen a cambio de una retribución económica. A primera vista, aparece en general una valoración del trabajo como la principal fuente de ingresos, como un medio para cubrir las necesidades y «darse algunos gustos»; además, como una actividad éticamente necesaria, «algo que dignifica». En algunos casos, inclusive, se observa un rechazo a recibir ayuda del Estado porque «lo que se tiene se gana trabajando, no con subsidios». El trabajo, también, es considerado como una forma (no se mencionan otras alternativas, como el deporte u otras actividades formativas) de disciplinar a las personas más jóvenes y ordenarles sus vidas, darles un propósito y responsabilidades, para «sacarlos de la calle» y de los riesgos que, en su imaginario, esta habilita.

En relación con qué actividades son o no consideradas trabajo, el trabajo doméstico es reconocido como tal sobre todo para quienes lo realizan con más intensidad: las mujeres.

- «El trabajo en la casa no es valorable, no es remunerado. Me ha pasado con mi marido, porque estás en la casa no estás haciendo nada y es una gran mentira, hay que estar con tres chicos, hay que estar pendiente; viene el almuerzo, después la cena, estar pendiente.» (Carolina, 42 años)

No obstante, inclusive para ellas, el trabajo doméstico no aparece jerarquizado del mismo modo en todos los casos. La mayoría de las mujeres mencionan primero sus trabajos «afuera de la casa», para el mercado, aunque sean las mismas tareas que realizan para la familia y con una alta intensidad, como cocinar, limpiar, cuidar niños, niñas o personas mayores. Si esas tareas son pagas, las identifican claramente como trabajo; si no, en algunos casos se mencionan como obligaciones que las han atravesado siempre en sus trayectorias, inclusive desde pequeñas:

- «Trabajo es si vos vas y trabajás y te pagan, pero en tu casa no es trabajo, están ayudando.» (Claudia, 53 años)

Por otra parte, es interesante cómo, para muchas de las entrevistadas, mientras el trabajo doméstico no remunerado suele aparecer como una carga, como una atadura o un impedimento para desarrollar otros proyectos, el trabajo para el mercado representaría el sentido opuesto. Trabajar a cambio de un ingreso es visto como sinónimo de libertad, autorrealización y autonomía económica respecto de sus familias de origen y de sus cónyuges.

- «Dignidad es trabajar, eso significa... Me abre puertas a lo que quiera hacer, el trabajo me da la herramienta para hacer lo que quiera hacer.» (Rosario, 43 años)

En relación con la mirada de los NNyA respecto del trabajo de sus madres y padres, hay diferencias significativas que ponen en evidencia la reproducción de estereotipos de género respecto de los roles esperados para unas y otros. Cuando hablan de sus madres, suelen reconocer como trabajo de la misma intensidad tanto las actividades que realizan para el mercado, como aquellas tareas domésticas y de cuidado que llevan a cabo en el hogar. Observan a sus madres como mujeres trabajadoras y luchadoras, frente a lo que manifiestan el deseo de que reduzcan su jornada

laboral, e inclusive de que no trabajen, ya que en muchos casos las notan cansadas, sacrificadas, con problemas de salud, sin poder dedicar tiempo a sí mismas. Resulta evidente en las representaciones de adolescentes, en lo referente al trabajo y al rol de la mujer adulta, que esperan que sus madres estén más tiempo en casa, trabajen menos, se esfuercen menos. Queda explícita una mirada romántica y estereotipada de los sacrificios en el uso del tiempo de las mujeres, dejando de lado las propias necesidades y deseos en pos del resto de los integrantes del hogar.

- «Me gustaría que los tres aportáramos lo mismo que aporta mi mamá... para que mamá se pueda dar todos los gustos que nunca se pudo dar.» (Kiara, 17 años)

Como se ha ido mencionando, muchas motivaciones de los y las adolescentes para involucrarse en el mercado de trabajo se vinculan con esta percepción: están dispuestos a trabajar para no tener que pedirles cosas o para alivianarles el esfuerzo a sus madres.

En contraste, de los padres no se cuestiona el hecho de que trabajen aunque estén cansados, ni consideran las tareas que realizan en la propia casa como una ocupación. El trabajo remunerado de los adultos varones ocupa un rol incuestionable en el imaginario de los NNyA, aunque implique sacrificios y deterioros en su salud. La opción de estar más en la casa no es mencionada por ninguno de sus hijos e hijas, como sí aparecía para las madres. Por ejemplo, en el caso de un padre que desarrolla un microemprendimiento en el hogar, su hija no lo percibe como su trabajo. En su imaginario, pareciera que el ámbito de inserción de los varones adultos debiera estar fuera del hogar familiar, mientras que ver a las mujeres trabajando en la casa es aceptado y naturalizado.

Cuando las oportunidades que brinda el mercado laboral son trabajos precarizados, intensos y desgastantes —la situación más frecuente en estas familias—, los NNyA reconocen esa problemática como una circunstancia a evitar para sus madres, pero en ningún caso para sus padres. En ese sentido, reproducen estereotipos en sus relatos respecto de los roles esperados para las personas adultas. No obstante, como se verá más adelante, cuando se analiza la mirada sobre el propio trabajo,

las niñas y las adolescentes se proyectan en situaciones laborales más propicias, más fuera que dentro del hogar.

4.4.2 Percepciones sobre el trabajo infantil y los ingresos de niños, niñas y adolescentes

A continuación, se analiza la mirada que tienen los NNyA entrevistados sobre su propio trabajo. Por un lado, se visibiliza claramente cómo los valores y los significados respecto del trabajo se transmiten entre los y las integrantes de los hogares: al igual que sus madres y sus padres, los NNyA suelen definir el trabajo, antes que nada, a partir de su remuneración. Las percepciones de los NNyA respecto del trabajo que ellos mismos realizan se orientan hacia varios sentidos, pero claramente otorgan centralidad al aporte económico a sus hogares: expresan que ayudan a la economía familiar y que su aporte es importante (compran comida, pagan servicios, dejan a disposición de sus madres los montos recibidos). Además, valoran la experiencia sobre todo porque les permite tener su propio dinero para comprar cosas que quieren tener (y que la economía familiar no permite).

- «Quería pagar mi club, tener mi plata.» (Fabricio, 17 años)
- «A veces siento que necesito más trabajar, porque me gusta tener mi plata, por ahí hay cosas que mi mamá no puede comprarme y me las quiero comprar yo.» (Amin, 17 años)

Las actividades realizadas sin retribución económica no son vistas tan claramente como trabajo, al igual que sucede en los relatos de las personas adultas, sino como una colaboración familiar o una obligación a cumplir. Casi todos los NNyA exponen que colaboran en la casa, y sobre todo mencionan limpiar, lavar platos y barrer como las actividades más frecuentes. Pero solo lo consideran como un trabajo cuando se trata de tareas que no les gusta realizar: por ejemplo, una niña relata que cuidar a la hermana le gusta y no lo percibe como trabajo, pero que limpiar no le gusta y entonces sí lo vive como trabajo.

Como se ha dicho, la mirada sobre el trabajo como una actividad que no brinda satisfacción más que la retribución económica está claramente

condicionada por las experiencias laborales de sus madres y sus padres, atravesadas por prácticas de trabajo precarizadas, intensas y alejadas de experiencias de elección, de realización personal, de disfrute o de desarrollo vocacional o profesional. Así, el trabajo pareciera ser para muchos NNyA un sinónimo de sacrificio, de esfuerzo, de un hacer sin mayor satisfacción que la retribución económica que les permite comprarse algo o la tranquilidad de saber que están colaborando con la familia.

- «Para ayudar a mi familia con el tema de los alimentos y las garrapas, y la luz. Más que nada por eso aprendí lo que es laburar, levantarse temprano y todo eso. Te enseña a ser más responsable.» (Fabricio, 17 años)

Más allá de lo económico, los NNyA también perciben su involucramiento en el trabajo como beneficioso en otros sentidos: por ejemplo, como una actividad que les permite compartir más tiempo con sus padres y/o sus madres.

- «Para estar más tiempo con él, me gustaba lo que hacía, de chico estaba siempre con él en las obras, me gusta... Son mi familia, si quiero parar a descansar, paro.» (Agustín, 15 años)

Las valoraciones positivas suelen relacionarse con aquellos trabajos que involucran a la familia (por algún familiar que les da trabajo) porque resulta un ámbito conocido, de confianza y con menos riesgos, menos exigencias o niveles menores de explotación:

- «Estoy cuidando a mi sobrino, es como mi casa, mi familia, me siento cómoda.» (Ana, 17 años)
- «Mis papás siempre se preocupan en la seguridad, no nos va a poner a trabajar en algo que sea más riesgoso.» (Bruno, 13 años)

Además, encuentran que su rol como trabajador o trabajadora los posiciona de manera diferente dentro de la trama familiar. En este sentido, se advierten tensiones para ser parte y ser tenidos en cuenta en la familia, por lo que el trabajo les permite pertenecer. Esto último aparece en los relatos sin distinción de género. Las tensiones mencionadas quedan visibles al exponer sus autopercepciones: se consideran «vagos», que pasan «tiempo recostados», sin hacer nada, y el hecho de trabajar revertiría esa connotación.

- «Mi aporte sirve para que vean que estoy, nada más... Antes me la pasaba encerrada en mi pieza y no me tenían en cuenta... no me decían que tenía que hacer algo o que ayude o eso, pero ahora si mi mamá necesita algo sabe que yo estoy, eso cambió.» (Mayra, 14 años)
- «Mi mamá me dice que está orgullosa.» (Lautaro, 15 años)

Con respecto a las diferencias en las percepciones según el género, se retoman interpretaciones que ya fueron esbozadas en el documento de Foressi *et al.* (2021): para los varones, trabajar a una edad temprana les permite aprender a manejarse como adultos; para las mujeres, esto no tendría sentido debido a sus proyecciones para continuar con los estudios universitarios. Es decir, entre las mujeres las proyecciones o las perspectivas de estudiar carreras universitarias (más por vocación) las orienta a priorizar la educación (de manera similar a lo que se observa en la EANNA 2016-2017) y no recomendarían trabajar a sus pares adolescentes, mientras que esto no aparece en los varones con tanta claridad.

Por otro lado, en coincidencia con esto, se pone en evidencia la transmisión intergeneracional de valores, puesto que entre las personas adultas entrevistadas se observa que avalan —e inclusive incentivan— el trabajo de sus hijos e hijas, fundamentalmente por haber sido ellos mismos trabajadores o trabajadoras desde la infancia. Como ya se describió, consideran esas experiencias positivas en tanto les permitieron sortear dificultades importantes durante sus infancias. Para madres y padres, el TI es percibido como una instancia de aprendizaje en todos los casos, tanto en oficios como en valores o comportamientos que se consideran útiles tanto para desenvolverse laboralmente como para la vida cotidiana en su hogar: ser responsables, ordenados, valorar el esfuerzo, el sacrificio, entre otros efectos positivos.

- «Es chiquita, ¿viste? [...] Pero es cosa mía, no se los digo a ellos, porque no los quiero desanimar ni nada, viste. Pero está bueno que haga eso, está bueno que se tome una responsabilidad, que sepa lo que es ganar su plata. Yo le digo, no la gastes al pedo porque te costó.» (Ángela, 61 años)

En ese sentido, del mismo modo que muchas mujeres no lo reconocen para sí mismas, tampoco consideran que las tareas domésticas realizadas por sus hijas —tanto las intensas que pueden definirse como TI, como las que son simples colaboraciones— impliquen estar trabajando. Como lo advierte Cutuli (2012), especialmente entre las madres se encuentra naturalizada la asignación de estas tareas a las hijas, y lo mismo ocurrió en sus trayectorias siendo niñas y adolescentes. Entre las entrevistadas se observa reiteradas veces la idea de que «están aprendiendo para el día de mañana saber hacer sus cosas» (Nora, 31 años). Además, aparece la idea de que estos valores y estas habilidades se consiguen mejor siendo niño, niña o adolescente porque «de chico uno absorbe», como mencionan en una de las familias.

En los relatos de estas personas adultas también queda expuesto que el trabajo, de acuerdo con sus percepciones, evita que las y los adolescentes destinen tiempo a actividades poco valoradas o consideradas peligrosas. En este sentido, fue clara la exposición de una madre respecto de sus hijas adolescentes: para ella, las ocupaciones evitan «tener tiempo para enamorarse». También expone:

- «No saben limpiarse y están pariendo. [...] Prefiero agarrar esa energía y llenarla de cosas que les pueden servir más.» (Mabel, 36)

En referencia al hijo varón, por otro lado, el aval para que trabaje se asocia a la posibilidad de aprender un oficio, y considera que el padre es quien decidirá al respecto.

Asimismo, se observa que la mirada hacia la educación como una dimensión que tensiona con el desarrollo de actividades laborales en NNyA aparece más fuerte en las madres que en los padres, y que se reproduce en las niñas y las adolescentes mujeres. Otras cuestiones culturales, como la religión, permean y profundizan ciertos estereotipos y prácticas en referencia al género, hasta inclusive con respecto a las amistades, las actividades en el hogar y las actividades laborales de los NNyA.

- «Yo no las mando a las casas de amigas, no hay una juntada de amigas porque no las dejo juntarse porque una tiene novio, otra está

hablando de otras cosas. Trato de correrla de esas amistades por nuestra fe.» (Mabel, 36 años)

Más allá de las coincidencias en los relatos de los padres o las madres y los NNyA, se observan claras diferencias entre las percepciones de las personas adultas y las de los y las adolescentes en lo relativo a los ingresos generados por el TI y su uso. En el caso de las madres y los padres, en sus relatos suelen minimizar el aporte que realizan sus hijos e hijas a los ingresos del hogar. Si bien valoran la intención de querer participar de los gastos de la casa, consideran que el uso de ese dinero es y debe ser para elementos personales de los propios adolescentes, aunque algunos admiten requerirlos en momentos puntuales para luego devolverlos («con intereses»). Sin embargo, para los NNyA es importante ese aporte que hacen a la economía familiar, pues aliviana las dificultades de subsistencia. En este punto, se pueden vislumbrar algunas contradicciones entre los discursos de miembros de las mismas familias, sobre todo respecto de si el involucramiento y la continuidad en el trabajo fue impulsada por la persona adulta, o si fue una decisión personal del adolescente. También el esfuerzo físico y mental del trabajo de los hijos y las hijas parece ser relativizado por sus padres o madres:

- «Le gusta enseñarle a escribir, a pintar, que no se desvíe, y no es un reniego, un reto, es algo que lo toma con amor. No veo que sea algo pesado.» (Laura, 42 años)

O bien no le dan suficiente valor, o bien al haber poca comunicación al respecto, simplemente lo desconocen. Por ejemplo, en un caso, al referirse a la actividad desarrollada por su hija lo nombra como «ese trabajito», el cual en realidad ocupa 12 horas diarias en ambiente con ruido, calor y presión por cobrar a destajo.

En definitiva, estos resultados resaltan la importancia de la transmisión de valores, miradas y estereotipos de género de las personas adultas a los NNyA, pero también se vislumbra que es posible generar cambios y rupturas ante la evidencia de límites, cansancios e insatisfacciones, especialmente por parte de las madres, frente a las desigualdades vividas. Sin embargo, llama la atención que la necesidad de cambio aparezca con mayor claridad entre las mujeres, las niñas y las adolescentes y, en menor medida, en aquellos hijos varones de hogares que

conviven de forma exclusiva con sus madres. El análisis rescata, a su vez, las diferencias de percepciones entre las personas adultas respecto de las de los NNyA en relación con los esfuerzos y los aportes realizados por estos, lo que lleva a la necesidad de pensar acerca de la importancia de sensibilizar y formar a las personas adultas en todos los ámbitos, acerca de los impactos de las exigencias y las responsabilidades del trabajo sobre los NNyA a nivel físico, emocional y psicológico.

4.4.3 Expectativas sobre las trayectorias y las oportunidades laborales futuras de niños, niñas y adolescentes

En relación con la reproducción intergeneracional y de género de las trayectorias laborales y educativas de las madres y los padres hacia sus hijos e hijas, es claro que no se trata de un mecanismo lineal ni unívoco. Hay dimensiones que se repiten fuertemente entre generaciones y roles de género que se naturalizan y se transmiten de modo explícito o implícito hacia hijas e hijos, pero también hay rupturas y resistencias, más o menos conscientes, por parte de los NNyA. Zenklusen (2019) advierte que los propios jóvenes ponen en tensión la «herencia» de las inserciones laborales de sus padres y madres y llevan adelante estrategias para modificarla. En los casos entrevistados, también puede advertirse esta intención por modificar la historia: cuando se proyectan en el futuro, no eligen la misma actividad que sus padres o madres. Tampoco se visualizan desarrollando la misma tarea que actualmente desempeñan, ya que estas actividades las consideran temporarias, les permiten obtener dinero para acceder a consumos que de otra forma no tendrían, o les facilitan ser reconocidos dentro de su hogar por las responsabilidades asumidas, tal como se expuso anteriormente.

Al indagar en las proyecciones hacia los próximos años acerca de la vida laboral de los hoy NNyA, aparecen coincidencias entre los relatos de las personas adultas y los de los propios NNyA. Tanto ellos mismos como bajo la visión de sus madres y padres se ven finalizando la escuela secundaria y avanzando en la educación terciaria o superior, sobre todo para evitar repetir las trayectorias previas

de sus familias (salvo contadas excepciones). Esto ocurre de forma independiente del tipo de familia (nuclear, monoparental, extendida). Como mencionan algunas madres:

- «Yo tengo que preparar, más que nada, a mi hija [...], porque mirá lo que me pasó a mí como mujer, viste, de no conseguir un trabajo porque tenés hijos, porque sos vieja, por un montón de cosas. Entonces tenés que estudiar, prepararte, y darle para adelante, que es lo que está haciendo ahora.» (Angela, 61 años)
- «Que mi hija se aprenda a independizar, que aprenda a trabajar para sustentarse y que no dependa de un varón, como yo.» (Claudia, 53 años)

Los relatos ponen en evidencia que en los grupos familiares se conversa sobre las proyecciones a futuro de los NNyA, ya que hay similitudes entre los discursos de los distintos integrantes. Inclusive, en algunos hogares se muestran razonamientos que han sido elaborados en conjunto. En esos casos, los NNyA se sienten acompañados, especialmente con respecto a la decisión de continuar los estudios y en la elección de carreras. Entre las opciones que mencionan, se advierte que aún son cambiantes y variadas: los de más corta edad mantienen preferencias vinculadas a sus pasatiempos (deporte, fotografía, danza) y a medida que crecen se orientan hacia carreras que suponen una mejor salida laboral y que son bien vistas socialmente (medicina, contabilidad, abogacía, veterinaria, programación en computación), sobre todo los varones, quienes a veces muestran elecciones que no tienen relación con las preferencias o las habilidades que consideran tener:

- «Contador, *marketing* o sistema administrativo que la tecnología es lo que más se usa. [...] Odio la matemática, pero se gana más de contador.» (Fabricio, 17 años)
- «Tenía pensado estudiar *marketing* o profesorado de educación física, así que esa carrera y teniendo mis cosas, mi plata.» (Mayra, 14 años)

Excepto unos pocos casos que desean solamente estudiar para luego desempeñarse laboralmente en esa profesión o que, por el contrario, no tienen planeado continuar sus estudios terciarios, el resto

planean trabajar mientras estudian para independizarse económicamente y costear sus estudios.

- «Estudiar, la universidad y cuando tenga mi tiempo, un trabajo para poder pagarme la universidad.» (Mayra, 14 años)
- «Un trabajo mientras estudio también para ganar mi plata, eso me gustaría.» (Estefanía, 14 años)

En este punto, claramente las expectativas de los NNyA muestran una ruptura porque ninguna de las personas adultas de estas familias ha logrado acceder a la educación superior y, sin duda, sus hijas y, sobre todo, sus hijas valoran el estudio por sobre cualquier alternativa laboral.

Es posible diferenciar, en el caso de los padres y las madres, que en las proyecciones hacia sus hijos e hijas rechazan aquellos oficios que consideran sacrificados físicamente, y que ellos mismos realizaron durante muchos años, como el de albañil o empleada doméstica. Además, involucran en sus idearios la conformación de una familia por parte de sus hijos e hijas, aunque manifiestan que ello dependerá de su deseo.

La valoración del deseo y la posibilidad de elegir cobra fuerza sobre todo en algunas mujeres adultas en cuyas historias de vida se manifiesta la llegada de una maternidad a edad temprana que no ha sido buscada ni planificada y que, como se ha señalado, fue un factor de interrupción de sus trayectorias laborales y educativas. Inclusive, hay mujeres que explicitan el deseo de que sus hijas prorroguen la maternidad para que puedan estudiar y trabajar de lo que ellas elijan (en contraposición a sus propias trayectorias). Esta cuestión es transmitida de forma objetiva hacia las nuevas generaciones, tal como se muestra en el imaginario de algunas madres y de sus hijas: la maternidad se manifiesta como un factor difícil de conciliar con los estudios. Varias de las niñas y adolescentes exponen expresamente no querer ser madres jóvenes y desear independizarse a los 18 años, por lo que planean trabajar y estudiar a la vez. También tienen la fantasía de vivir solas y viajar por el mundo.

En este punto, se pone en evidencia una clara diferencia de género: las mujeres piensan su futuro por lo que quieren hacer y ser, siempre señalando que la familia y la maternidad no son prioridad porque entienden que las limitaría (como ha sucedido con sus madres).

- «Estudiar, la universidad... con un trabajo, por ahí con novio. No sé si hijos, más adelante.» (Mayra, 14 años)
- «Para mí, trabajando en un hospital, viviendo sola, ya tendría un auto si puedo.» (Milagros, 16 años)
- «Me imagino estando en una casa sola [...] y trabajar de oficina.» (Clara, 13 años)
- «Me gustaría estar haciendo fotografía, [...] en todas partes del mundo. ¿Con hijos? No. [...] Sí, con amigas sí. ¿Con novio o novia? Tampoco.» (Ana, 17 años)
- «A mí me gustaría a los 18 tener ya el secundario completo y estar pensando en qué estudiar en un futuro y no tener un hijo, no tener que dejar de estudiar para hacerme cargo de mi hijo.» (Estefanía, 14 años)

Los varones, en cambio, no mencionan la necesidad de posponer la conformación de una familia o la paternidad, porque estos no son vistos como factores que puedan limitarlos o condicionarlos, del mismo modo que sucede en los relatos de sus padres.

En contraste, algunos varones adultos hacen referencia al deseo o la expectativa de que sus hijas mujeres formen parejas que las quieran y las cuiden además de desarrollar una carrera, posicionando ambas dimensiones como aspectos con igual relevancia para sus proyectos de vida, cuestión que no es mencionada respecto de las posibles trayectorias de sus hijos varones.

Ciertamente, más allá de esas diferencias en sus proyecciones a futuro, todos los NNyA tienen ideales o expectativas y pueden describirlos. Son muy pocos los casos donde expresan no haberse planteado aún qué hacer al llegar a la adultez.

Si se relaciona el análisis referido a las expectativas con el TI que realizan los NNyA entrevistados, no es posible encontrar vínculo alguno entre el tipo de tarea realizada como TI y el ideario de sus inserciones futuras. Como se ha ido esbozando, aparecen discordancias que podrían considerarse contradictorias, pero que si se analizan a la luz de los diferentes condicionantes del TI cobran sentido en la conjunción entre continuidades y rupturas, oportunidades y restricciones, reproducciones y resistencias que van delineando las trayectorias de los NNyA.

Por un lado, resulta claro que las decisiones respecto de involucrarse laboralmente en este momento se vinculan a necesidades básicas actuales, a la crisis económica derivada de la pandemia y/o a situaciones de pobreza estructural, en las que no hay motivaciones formativas concretas (más allá de valorar el esfuerzo o adquirir habilidades blandas). Los condicionantes vinculados a las inserciones y las trayectorias laborales y educativas y a la transmisión intergeneracional de saberes, oficios y experiencias tienen efectos de reproducción de roles y estereotipos hacia los NNyA. Particularmente, las niñas y las adolescentes son condicionadas por los «procesos de transmisión cultural intergeneracional» de la escuela, la familia y el Estado (Zenklusen 2019) y, sobre todo, a partir de la educación, los ejemplos y las conductas que circulan entre ellas (Cordero Coma y Esping Andersen 2016). A la vez, el conocimiento de los NNyA de las dificultades y los pesares que atraviesan los recorridos de las personas adultas de referencia los llevan a imaginar, proyectar e intentar destinos diferentes, sobre todo a las mujeres. En este punto, sería importante indagar si en el devenir de sus trayectorias esas expectativas y esos deseos de cambio logran desarrollarse, y si esas dificultades y esos condicionantes estructurales encuentran solución de la mano de políticas públicas y de cambios culturales profundos.

► 5. Reflexiones finales

A lo largo de las páginas precedentes, se indagó en la incidencia de la dimensión de género sobre el TI y en las expectativas de los NNyA sobre sus futuros laborales, teniendo en cuenta el particular contexto de pandemia que impactó fuertemente en la economía, el empleo y la reproducción social de los hogares entrevistados. Este estudio reflexiona sobre el TI como una realidad que se construye histórica, política y culturalmente, enfoque en el que las relaciones de género ocupan un rol clave. Como se ha puesto en evidencia, el género permea de forma transversal, tanto en las decisiones de las familias de propiciar la inclusión de NNyA en el mercado de trabajo en forma temprana, como en las tareas que llevan a cabo, el espacio y las condiciones en que las realizan y las expectativas respecto de su vinculación con la educación y con sus trayectorias laborales y vitales futuras.

Analizar el TI desde una mirada crítica, situada en el contexto y en estrecha vinculación con la dimensión de género llevó a sistematizar, a partir de antecedentes teóricos, una serie de dimensiones que operan como posibles condicionantes y que se han ido abordando empíricamente para los casos en estudio: las particularidades del contexto —específicamente durante la pandemia por el COVID-19— y las situaciones de pobreza, el rol de la educación, la inserción ocupacional actual, las trayectorias laborales de padres y madres y los aspectos culturales.

Al tratarse de familias en situación de vulnerabilidad social, con grandes dificultades económicas e inserciones laborales mayormente precarias, en los relatos emerge con fuerza la incidencia de la crisis económica y de las restricciones (ASPO) derivadas de la pandemia: la mayoría de los casos vieron recortados sus ingresos y tuvieron que replantearse

arreglos familiares tendientes a la supervivencia, que incluyeron en muchos casos el TI como estrategia para ampliar ingresos, aunque esto fue más explícito (y admitido) entre los NNyA y no tanto en el caso de las madres y los padres. En ese sentido, el contexto particular de este estudio puso en evidencia las limitaciones económicas y la profundización de los déficits de cuidado que atraviesan a estas familias y que, durante la pandemia, se tradujeron, por un lado, en hacer uso de la estrategia del trabajador o la trabajadora adicional, con la inserción de NNyA en trabajos productivos remunerados como aporte a la economía familiar; por otro, en la mayor dedicación a tareas domésticas y de cuidado no remuneradas con intensidades que las caracteriza como TI, sobre todo para las niñas y las adolescentes, como un modo de colaborar con la dinámica familiar. En este sentido, surge el interrogante —y disparador de posibles indagaciones futuras— acerca de si esa introducción de NNyA al TI en el contexto de la pandemia se verá interrumpida al finalizar esta, con la vuelta a la «normalidad», o si se convertirá en un eje permanente de la economía y la dinámica de estas familias.

En el contexto descrito, y de acuerdo con las percepciones de las personas que integran los hogares entrevistados, el TI aparece como la única alternativa o como la alternativa más válida para las familias. Contrariamente a lo que sostiene la ley y con el consenso general existente acerca de las consecuencias del TI y las vulneraciones de derechos, cuando se indaga en los arreglos familiares, la cultura y la concepción que las familias tienen sobre la educación, el trabajo y el futuro, el análisis se complejiza y no emerge una connotación tan negativa (sobre todo por parte de las personas adultas). Discursivamente, el TI es mencionado como medio

para la sostenibilidad económica, pero, sobre todo, como un factor de aprendizaje, de disciplinamiento y de preparación para la vida adulta. No obstante, en muchos casos emergen contradicciones y estas definiciones contrastan con las descripciones que los propios NNyA dan sobre la intensidad de esos trabajos (muchas horas, esfuerzo físico y responsabilidades) y las actividades que los NNyA rescinden por trabajar (juego, amistades, estudio), lo cual no resulta acabadamente advertido por las personas adultas. No hay menciones en los relatos de otras alternativas que permitan adquirir esas habilidades y esos comportamientos deseados, como podrían ser actividades educativas, recreativas y deportivas concretas para NNyA disponibles en el territorio.

En relación con la dimensión de la educación, se pudieron identificar diferentes cuestiones significativas. Por un lado, como el relevamiento se realizó en un contexto de no presencialidad educativa, el rol de la escuela aparece desdibujado y atravesado por las limitaciones impuestas por la virtualidad y la falta de conectividad en muchos casos. En este punto, la menor dedicación horaria a la escuela, así como la necesidad de ingresos para acceder a la conectividad, también operaron como condicionantes que impulsaron la dedicación de adolescentes a actividades laborales. Más allá del contexto particular, y a pesar de las dificultades de acceso, es llamativo cómo la educación sigue siendo el factor más relevante en el imaginario de estas familias, como medio para acceder a una vida más plena de derechos y oportunidades, con empleos de mayor calidad. Esta percepción es recurrente y permite ver cómo, subjetivamente, la educación representa la posibilidad de ascenso social. Su consecución se asocia, de forma casi exclusiva, a la responsabilidad individual, al esfuerzo de cada quien por formarse para conseguir mejores empleos y mejores condiciones de vida, sin cuestionar el rol del Estado ni de las empresas en la construcción de rigideces en el mercado de trabajo y de segregaciones de género, horizontales y verticales, tal como lo desarrolla Longo (2009).

En esta dimensión, se observan diferencias de género significativas entre las personas adultas. Las mujeres valoran con más fuerza la educación como un potencial facilitador de inserciones laborales de calidad y de una mayor libertad (sobre todo autonomía económica respecto de sus cónyuges) que ellas no tuvieron. Muchas madres mencionan

sus propios déficits educativos como consecuencia de haber abandonado los estudios por la carga de responsabilidades domésticas y de cuidado. Frente a ello, plantean la necesidad de que sus hijas e hijos tengan más oportunidades, sobre todo a partir de la educación y del aprendizaje del trabajo. Propician con mayor fuerza para sus hijas mujeres la necesidad de tener trayectorias distintas a las que ellas tuvieron, más ligadas al estudio y al trabajo remunerado, a la independencia y a la posibilidad de elegir qué ser y qué hacer.

Asimismo, puede verse que las personas adultas tuvieron trayectorias laborales atravesadas por situaciones de pobreza y por fuertes limitantes que las llevaron, también, a ingresar al mercado laboral a una edad temprana, a dejar los estudios y desarrollar recorridos atravesados por la precariedad y la inestabilidad laboral. Se detectan profundas diferencias de género, sostenidas en una división sexual del trabajo tradicional, que otorga el rol de cuidadoras de forma casi exclusiva a las mujeres, quienes en su gran mayoría vivieron la conformación de una familia y la maternidad como una «limitante» a su desarrollo educativo y laboral.

No obstante, los intentos de ruptura conviven con la reproducción cotidiana de estereotipos de género. La mirada respecto de la realización de tareas domésticas (ya sea con intensidad o no) y del TI como herramienta formativa se mantiene con fuerza, sobre todo para las niñas. Además de brindarles habilidades para la organización de sus propios hogares en la adultez, se considera que habilita el involucramiento al mercado de trabajo en el servicio doméstico como alternativa frente a dificultades de obtener empleos más calificados.

En ese sentido, y en estrecha vinculación con la dimensión cultural que atraviesa el trabajo, se indagó en la posible transmisión de esas desigualdades de género en los NNyA, lo que reveló la coexistencia, otra vez, de rupturas y continuidades. Por un lado, aparecen patrones de reproducción de estereotipos asociados a qué tipo de actividades son consideradas trabajo y cuáles no (sobre todo el trabajo reproductivo), a las posiciones de mujeres y varones en la división sexual del trabajo en el hogar y, también, a las tareas que las niñas y los adolescentes realizan actualmente, que se vinculan con el cuidado y los roles históricamente considerados femeninos (poco valorados y escasamente

remunerados). Por otro lado, se vislumbran intentos de ruptura por parte de las adolescentes (con apoyo de sus madres), quienes comienzan a desnaturalizar los roles genéricos de cara al futuro. Esa desnaturalización se verifica sobre todo en la decisión de incluirse, en el futuro, en el mercado de trabajo como modo de emancipación y, también, en la proyección de posponer la maternidad para poder estudiar y trabajar. El principal motor para ese cambio serían la educación y la preparación, que ampliarían las opciones para elegir y decidir sobre sus trayectorias laborales.

► 6. Recomendaciones de políticas

A partir de lo expuesto, resulta pertinente reflexionar sobre posibles acciones del Estado y sobre políticas públicas tendientes a mejorar la calidad de vida de los NNyA y sus familias, así como a ampliar sus perspectivas y expectativas futuras, con una mirada puesta en la igualdad de género.

En esta línea, es importante fortalecer el rol de la escuela como espacio de contención, de aprendizaje y de ruptura de estereotipos, propiciando la formación de docentes —y su transmisión a toda la comunidad educativa— en equidad de género, en las definiciones y la normativa referida al TI y en el reconocimiento de las situaciones y sus impactos sobre el bienestar de los NNyA, estrategia ya planteada en el Plan Nacional para la Prevención y Erradicación del Trabajo Infantil y Protección del Trabajo Adolescente 2018-2022 (MTEySS 2017b). Por un lado, se pone en evidencia la necesidad de profundizar en políticas que apunten a lo cultural: la problematización de los estereotipos de género en las formas de inclusión laboral de varones y mujeres, así como la división de tareas productivas y reproductivas, deben ser aristas a profundizar desde la educación sexual integral (ESI) en las escuelas, de forma tal que estos cambios y sensibilidades también sucedan entre varones, quienes, al no vivir las desigualdades en carne propia, pocas veces las reconocen o las cuestionan, lo que da continuidad a la reproducción de significados sexuados de las actividades. Una manera de avanzar hacia estos cambios es generar el interés de la formación en escuelas técnicas de niñas y adolescentes.

También resulta importante propiciar la transmisión desde una edad temprana de la igualdad de género respecto del uso del tiempo. En ese sentido, es necesario resaltar la importancia del ocio

y la socialización también para la niñas, quienes suelen dedicar mucho más de su «tiempo libre» al aprendizaje y al cuidado, como una preparación para su futura movilidad social, mientras que los niños tienen más naturalizada la libertad de usar su tiempo libre como deseen. En este punto, la escuela puede contribuir a reforzar esa igualdad en el derecho de los NNyA al tiempo libre e intentar romper esos estereotipos.

Por otro lado, la evidencia de este estudio muestra la necesidad de fortalecer la infraestructura para asegurar la conectividad como derecho que, en la actualidad, claramente resulta básico para que los NNyA puedan acceder a información y, en este contexto, a la educación en formato virtual. En Argentina, existen planes y programas que apuntan a reducir la brecha digital y garantizar el acceso equitativo a los servicios de telecomunicaciones, como la Resolución 3597/2016 que aprobó el Programa Conectividad y, actualmente, la puesta en marcha del Plan Conectar. Es fundamental su ejecución, dando prioridad a los territorios donde los NNyA se benefician de forma directa.

Asimismo, es importante fortalecer el desarrollo de espacios barriales territoriales de contención, vinculados al deporte y a la formación de oficios, que funcionen con recursos y profesionales de apoyo, sostenidos desde el Estado, en tanto pueden ofrecer nuevas referencias a los NNyA sobre qué ser y hacer. Esta sería la alternativa al TI frente a los mitos sobre que es mejor que trabajen a que no hagan nada: ocupar el tiempo «libre» de los NNyA en actividades que permitan el aprendizaje de habilidades, rutinas saludables, sacrificio y disciplina desde una postura lúdica, sin que implique responsabilidades que excedan su edad y que, en

el momento que corresponda, puedan aplicar en su desempeño laboral. En estos espacios también es necesario generar instancias de sensibilización que modifiquen la visión del TI y permitan comprenderlo como una vulneración a los derechos de los NNyA, así como comprender sus efectos negativos.

Desde ya, estas políticas deben complementarse, por un lado, con cambios del accionar público, profundizando aquellas políticas que comenzaron a diseñarse e implementarse y que promueven la desfamiliarización y la corresponsabilidad de los cuidados, la inspección laboral a empresas y la protección social. Particularmente, sería importante afianzar la protección y la regularización del servicio doméstico por sus implicancias para la vida familiar de las trabajadoras, tal como pudo verificarse a lo largo de todo el estudio y, además, para reivindicar así su valor social y económico.

Por otro lado, a nivel empresarial, es necesario generar instancias de sensibilización que contribuyan a eliminar estereotipos de género habituales en empleadores y empleadoras y que cuestionen las políticas empresariales, legitimadas socialmente, sobre el uso del empleo femenino como medida de flexibilización externa que asigna trabajos precarios, a tiempo parcial, con horarios flexibles y por tiempos limitados justificados en la necesaria conciliación de la vida laboral con la familiar. En este sentido, es necesario desterrar los imaginarios de que la fuerza de trabajo femenina es secundaria (y sus salarios complementarios), de que hay ciertos trabajos que se ajustan mejor a varones y otros a mujeres, los cuales redundan en que la participación de estas sea mayor en determinados sectores, con puestos de tiempo parcial e informales (salarios menores y menos posibilidades de ascenso) (Longo 2009). El Estado, junto con las fuerzas sindicales, pueden acompañar este proceso generando incentivos o desincentivos como parte de las estrategias de recuperación económica que se diseñen en la pospandemia, como requisitos para el acceso a beneficios o reducciones impositivas, que promuevan una reducción de la segregación horizontal y vertical. Es muy importante que estas medidas que aporten a la sensibilización de las desigualdades de género alcancen también a las organizaciones de la economía popular, en auge y con amplia presencia en los últimos años, sobre todo durante la pandemia, para ofrecer condiciones dignas e igualitarias a sus trabajadores y trabajadoras (Roig 2020).

Resulta interesante avanzar en futuras investigaciones de análisis del TI desde esta mirada de género en ámbitos rurales, donde las modalidades de las actividades productivas, las relaciones sociales y la organización social del cuidado mantienen diferencias respecto del ámbito urbano, como insumo en el diseño de políticas específicas para este.

Todo esto debe ocurrir, de forma integral, en el marco de un proceso económico que genere trabajos de calidad para las personas adultas, junto con el desarrollo de un sistema integral de cuidados en el que funcionen de forma articulada el Estado, el sector privado, la comunidad y las familias. El propósito final debe ser propiciar mejores condiciones de vida a niños, niñas y adolescentes en un contexto de igualdad de derechos y oportunidades.

► 7. Anexo metodológico: características de la muestra

La presente investigación toma como unidad de estudio a hogares en situación de vulnerabilidad socioeconómica en los que convive, al menos, un NNyA que realiza tareas productivas en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), tomando como referencia la definición de trabajo infantil y adolescente que se emplea en la EANNA 2016-2017, la cual comprende todas aquellas actividades de carácter productivo —económicas y no económicas— desarrolladas por NNyA que no han alcanzado los 18 años.

La muestra está compuesta por 17 hogares en los que se realizaron 46 entrevistas semiestructuradas. En total, se cuenta con información de 27 personas adultas y 19 NNyA.

Para la selección de hogares, se aplicaron cuotas de sexo y zona de residencia en el AMBA de los NNyA:

- 4 NNyA que residen en AMBA Norte,
- 6 en AMBA Sur,
- 6 en AMBA Oeste, y
- 3 en CABA.

Respecto del género, entre los NNyA hay 10 mujeres y 9 varones.

Dadas las condiciones impuestas por el contexto de la pandemia, que impidieron la presencialidad para la realización del trabajo de campo, el intervalo etario de NNyA entre 5 y 15 años estuvo representado por adolescentes con edades entre los 13 y los 15 años. Entre ellos, 11 adolescentes entre 13 y 15 años y 8 adolescentes entre 16 y 17 años.

Todos los y las adolescentes entrevistados se encontraban realizando alguna actividad productiva al momento de la entrevista que puede distribuirse mediante la siguiente clasificación:

- actividades para el mercado (16),
- actividades para el autoconsumo (1), y
- actividades domésticas intensivas (2).

Además, se distribuyen según el tipo de relación laboral:

- 9 de ellos ayudan a familiares,
- 4 realizan tareas por cuenta propia, y
- 6 para un patrón.

Los 17 hogares que componen la muestra se pueden clasificar según su tamaño y composición:

- 8 hogares son monomarentales, salvo un caso en que el adolescente reside solo con su padre;
- en los otros 7 hogares, el NNyA convive con su padre y su madre;
- en 2 hogares el NNyA convive con su padre y su pareja;
- en 3 hogares conviven también con abuelos.

En cuanto a la cantidad de hijos e hijas:

- son 7 los hogares con familias convivientes en los que viven entre 1 y 2 hijos o hijas, y

- 10 hogares en los que viven entre 3 y 5 hijos o hijas.

Finalmente, respecto a las 27 personas adultas entrevistadas, se incluyeron:

- 17 mujeres, y
- 10 varones.

La distribución etaria de las personas adultas entrevistadas es:

- los 6 más jóvenes tienen entre 31 y 38 años,
- la mayoría (10) tiene entre 40 y 44 años,
- 7 personas adultas tienen entre 47 y 59 años, y
- en los extremos tienen entre 61 y 63 años (abuelos o abuelas convivientes).

► 8. Bibliografía

- Actis Di Pasquale, E. y J. Savino. 2019. «Participación y segregación ocupacional de mujeres y varones en Argentina (2003 y 2017): ¿evolución o estancamiento?». *XIV Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y IX Congreso Iberoamericano de Estudios de Género*. Mar del Plata.
- Aparicio, S., M. Campos, G. Cardarelli, M. Chiara, M. Di Virgilio, G. Dorrego, D. Estruch, E. Duro, L. López, O. Nirenberg, M. Novick, V. Maceira, G. Ponce, y S. Waisgrais. 2007. *El trabajo infantil en la Argentina. Análisis y desafíos para la política pública*. Buenos Aires: Oficina de la OIT en Argentina, Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social.
- Arias, C., J. Bonnin, M. Bulloni, A. Del Bono, A. Di Giovambattista, A. Gárriz, J. Haidar, A. Natalucci, y F. Vocos. 2020. *Trabajo en cuarentena: encuesta realizada en el marco del proyecto monitor laboral COVID-19*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CITRA.
- Arza, C. 2020. «Familias, cuidados y desigualdad». CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe). «Cuidados y mujeres en tiempos de COVID-19: la experiencia en la Argentina». *Documentos de Proyectos* (LC/TS.2020/153). Santiago: CEPAL.
- Aspiazu, E. 2014. «Conciliación entre trabajo y responsabilidades familiares: una revisión teórica con enfoque de género». *Investigium IRE: Ciencias Sociales y Humanas* V (1): 177-194.
- Batthyány, K. y M. Cabrera. 2011. *Metodología de la investigación en Ciencias Sociales. Apuntes para un curso inicial*. Montevideo: UCUR.
- Bertranou, F., L. Casanova, A. Beccaria, y G. Ponce. 2015. *Instituciones laborales y políticas de protección social para la erradicación del trabajo infantil en Argentina*. Buenos Aires: OIT.
- Bonfiglio, J. I., A. Salvia, y J. Vera. 2020. *Empobrecimiento y desigualdades sociales en tiempos de pandemia: informe de avance*. Buenos Aires: Universidad Católica Argentina, Observatorio de la Deuda Social Argentina.
- Borda, P., V. Dabenigno, B. Freidin, y M. Güelman. 2017. «Estrategias para el análisis de datos cualitativos». *Herramientas para la Investigación Social. Serie: Cuadernos de Métodos y Técnicas de la investigación social ¿Cómo se hace?* 2. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe). 2020. «Cuidados y mujeres en tiempos de COVID-19: la experiencia en la Argentina». *Documentos de Proyectos* (LC/TS.2020/153). Santiago: CEPAL.

- Cohen, N., y G. Gómez Rojas. 2003. «Los objetivos, el marco conceptual y la estrategia teórico-metodológica triangulando en torno al problema de investigación». Lago Martínez, G. Gómez Rojas y M. Mauro, coords. *En torno de las metodologías: abordajes cualitativos y cuantitativos*. Buenos Aires: Proa XXI Editores.
- Comas, G. 2019. «Heterogeneidad del mercado laboral y estrategias familiares de vida en la Argentina actual». A. Salvia y B. Rubio, comps. *Tendencias sobre la desigualdad. Aportes para pensar la Argentina actual*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- COPRETI (Comisiones Provinciales para la Prevención y Erradicación del Trabajo Infantil) y UNICEF (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia). 2013. *Construyendo Territorios Sin Trabajo Infantil: herramientas para la gestión compartida de estrategias integrales frente al Trabajo Infantil con enfoque de Desarrollo Local*. Buenos Aires.
- Cordero Coma, J., y G. Esping Andersen. 2016. «The Intergenerational Transmission of Gender Roles. Children's contribution to housework in Germany». *XI Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*. Cádiz.
- Díaz Langou, G. et al. 2019. *El género del trabajo: entre la casa, el sueldo y los derechos*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fundación CIPPEC.
- Foressi, C., L. Costa, y C. Morano. 2021. *Trabajo infantil y dinámicas familiares*. Buenos Aires: OIT.
- Cutuli, R. 2012. «Flexibilidad empresarial y organización del trabajo doméstico: el trabajo invisible de las hijas de las fileteras en Mar del Plata, 1991-2011». *La Ventana* 4 (36): 178-223.
- Cutuli, R., y E. Aspiazu. 2015. «Las políticas de cuidado infantil en Argentina. Aportes para su clasificación y evaluación». M. E. Lanari, y C. Hasanbegovic, eds. *Mujeres de Latinoamérica. El presente en veintidós letras*. Mar del Plata: EUEM.
- Dahul, M. L. 2017. *Trabajo Infantil y estrategias familiares en Mar del Plata*. Mar del Plata: EUEM.
- D'Alessandro et al. 2020. *Las brechas de género en Argentina. Estado de situación y desafíos*. Gobierno de Argentina, Ministerio de Economía de la Nación, Dirección Nacional de Economía e Igualdad de Género.
- De León, G. 2017. «Jóvenes que cuidan. Impactos en su inclusión social». *Documento de Trabajo* 158. Buenos Aires: CIPPEC.
- DGEyC (Dirección General de Estadística y Censos de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires). 2018. *Población ocupada y población asalariada de la Ciudad de Buenos Aires desde una mirada de la desigualdad de género en el mercado de trabajo. Año 2017. Informe de resultados*. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Ministerio de Economía y Finanzas.
- Ernst, C., y E. López Mourelo. 2020. *La COVID-19 y el mundo del trabajo en Argentina: impacto y respuestas de política*. Buenos Aires: Oficina de País de la OIT para la Argentina.
- Esquivel, V., E. Faur, y E. Jelin. 2009. *Las lógicas del cuidado infantil*. Buenos Aires: IDES.

- Faur, E. 2018. «Repensar la organización social y política del cuidado infantil. El caso argentino». L. G. Arango, A. Urquijo, T. Pérez Bustos, y J. Pineda Duque. *Género y cuidado. Teorías, escenarios y políticas*. Bogotá: UNAL-Javeriana y Los Andes.
- Foglia, C. 2020. «El confinamiento social y los derechos de niños, niñas y adolescentes en el AMBA». *Serie Especial COVID-19. La gestión de la crisis en el Conurbano Bonaerense*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento, Observatorio del Conurbano Bonaerense.
- Frassa, J. 2007. «Rupturas y continuidades en el mundo del trabajo: Trayectorias laborales y valoraciones subjetivas en un estudio de caso». *Cuestiones de Sociología* 4: 243-266.
- INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos). 2018. *Encuesta de Actividades de Niños, Niñas y Adolescentes 2016-2017*. Gobierno de Argentina, Ministerio de Economía.
- Labrunée, M. E., y M. L. Dahul. 2017. «Bienestar de niños y niñas en el cordón frutihortícola del partido de General Pueyrredón. Los espacios de cuidado como promotores de derechos y la prevención del trabajo infantil». *FACES* 23 (49): 33-53.
- Lesbegueris, M. 2014. «El jugar contemporáneo y los nuevos conflictos de género». *¡Niñas jugando! Ni tan quietas ni tan activas*. Buenos Aires: Biblos.
- Longo, M. E. 2009. «Género y trayectorias laborales. Un análisis del entramado permanente de exclusiones en el trabajo». *Trayectorias* 11 (28): 118-141. Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Maceira, V. 2007. «Trabajo doméstico no remunerado de niños, niñas y adolescentes». AA. VV. *El trabajo infantil en Argentina. Análisis y desafíos para la política pública*. Buenos Aires: OIT y MTEySS.
- MECON (Ministerio de Economía de la Nación) y UNICEF. 2021. *Desafíos de las políticas públicas frente a la crisis de los cuidados. El impacto de la pandemia en los hogares con niños, niñas y adolescentes a cargo de mujeres*. Buenos Aires: Gobierno de Argentina, MECON, Dirección Nacional de Economía, Igualdad y Género – UNICEF.
- Millenaar, V., y C. Jacinto. 2015. «Desigualdad social y género en las trayectorias laborales de jóvenes de sectores populares. El lugar de los dispositivos de inserción». L. Mayer, D. Llanos Erazo, y R. Unda Lara, comps. *Socialización escolar: procesos, experiencias y trayectos*. Editorial ABYA-YALA, Universidad Politécnica Salesiana, CINDE y CLACSO.
- MTEySS (Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación), OIT (Organización Internacional del Trabajo), y UNICEF. 2015. *Trabajo infantil en la Argentina: políticas públicas y desarrollo de experiencias sectoriales y locales*. Buenos Aires: Gobierno de Argentina, MTEySS – OIT – UNICEF.
- MTEySS. 2017a. «Las mujeres en el mundo del trabajo». *Documento de Trabajo*. Gobierno de Argentina, MTEySS.
- MTEySS. 2017b. *Plan Nacional para la prevención y erradicación del trabajo infantil y protección del trabajo adolescente 2018-2022*. Gobierno de Argentina, MTEySS.
- Muñiz Terra, L. 2012. «Carreras y trayectorias laborales: una revisión crítica de las principales aproximaciones teórico-metodológicas para su abordaje». *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales* 2 (1).

- . 2015. «Las perspectivas de trayectorias, carreras laborales y género. Reflexiones sobre su articulación». A. Eguía, S. Ortale, y J. Piovani, comps. *Género, trabajo y políticas sociales*. Buenos Aires: CLACSO.
- Muñiz Terra, L., E. Roberti, C. Deleo, y C. Hasicic. 2012. «Trayectorias laborales en Argentina: una revisión de estudios cualitativos sobre mujeres y jóvenes». *Revista Laboratorio* 25: 57-79.
- OIT. 2016. *Las mujeres en el trabajo. Tendencias de 2016*. Ginebra: Oficina Internacional del Trabajo.
- . 2017. *Guía práctica para erradicar el trabajo infantil y proteger a los jóvenes trabajadores en el trabajo doméstico*. Ginebra: Oficina Internacional del Trabajo.
- . 2020. *No dejar a las niñas atrás. Trabajo infantil y género en América Latina y el Caribe*. Lima: Organización Internacional del Trabajo.
- OIT, UNICEF, PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo), OIM (Organización Internacional para las Migraciones), Banco Mundial, FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura), ONU Mujeres, CEPAL, y ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados). 2017. *Trabajo infantil, trabajo forzoso y empleo joven de calidad en Argentina: aportes del Sistema de las Naciones Unidas 2000-2017*. Ginebra: Oficina Internacional del Trabajo.
- Poy, S. 2021. *Alteraciones en la reproducción socioeconómica de los hogares con trabajadoras/as durante la crisis por COVID-19. Informe Técnico*. Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/349925128_Alteraciones_en_la_reproduccion_socioeconomica_de_los_hogares_con_trabajadoras_durante_la_crisis_por_COVID-19
- Rausky, M. E. 2015. «Los niños y las niñas que trabajan: relaciones de género y generacionales». A. Eguía, S. Ortale, y J. I. Piovani, comps. *Género, trabajo y políticas sociales. Apuntes teórico-metodológicos y estudios de caso en Gran La Plata*. Buenos Aires: CLACSO.
- . 2021. «El estudio del trabajo infantil y los desafíos en su abordaje». *Revista Colombiana de Sociología* 44 (1).
- Rausky, M. E. y B. Fatou. 2017. «Estudios socio-antropológicos con niños y niñas trabajadores: una apuesta reflexiva sobre dos experiencias en América Latina: México y Argentina». *Revista Papeles de Trabajo* 33: 53-63.
- Roberti, M. E. 2012. «Rupturas y subjetividades: Un acercamiento a la perspectiva de las Trayectorias Laborales». *Trabajo y Sociedad* 18: 267-277. Santiago del Estero.
- Rockwell, E. 2005. «La apropiación, un proceso entre muchos que ocurren en ámbitos escolares». *Memoria, conocimiento y utopía. Anuario de la Sociedad Mexicana de Historia de la Educación* 1: 28-38.
- Rodríguez Enríquez, C. 2015. «El trabajo de cuidado no remunerado en Argentina: un análisis desde la evidencia del Módulo de Trabajo no Remunerado». *Documentos de Trabajo: Políticas públicas y derecho al cuidado*. Equipo Latinoamericano de Justicia y Género (ELA). Buenos Aires.
- Rodríguez Enríquez, C., G. Marzonetto, y V. Alonso. 2019. «Organización social del cuidado en la Argentina. Brechas persistentes e impacto de las recientes reformas económicas». *Estudios del Trabajo* 58.
- Roig, A. 2020. «Enlazar cuidados en tiempos de pandemia. Organizar vida en barrios populares del AMBA». CEPAL. «Cuidados y mujeres en tiempos de COVID-19: la experiencia en la Argentina». *Documentos de Proyectos* (LC/TS.2020/153). Santiago: CEPAL.

- Salvia, A. y S. Poy. 2020. *Impacto social de las medidas de aislamiento obligatorio por COVID-19 en el AMBA: informe de avance* [en línea]. Buenos Aires: Universidad Católica Argentina, Observatorio de la Deuda Social Argentina.
- Steinberg, C. y C. Giacometti. 2019. «La oferta del nivel inicial en Argentina». C. Steinberg y A. Cardini, dirs. *Serie Mapa de la Educación Inicial en Argentina*. Buenos Aires: UNICEF-CIPPEC.
- Tuñón, I. y M. E. Sánchez. 2020. «Situación de las infancias en tiempos de cuarentena». *Informe Técnico – Serie Estudios: Impacto Social de las Medidas de Aislamiento Obligatorio por COVID-19 en el AMBA*. Buenos Aires: Universidad Católica Argentina, Observatorio de la Deuda Social Argentina.
- UNICEF. 2021. *Encuesta de Percepción y Actitudes de la Población. Impacto de la pandemia COVID-19 y las medidas adoptadas por el Gobierno sobre la vida cotidiana*. Cuarta ronda (primera edición, junio de 2021). Buenos Aires: UNICEF.
- Zenkhusen, D. 2019. «(Des)herederos/as del trabajo. Transiciones laborales de los/as jóvenes peruanos/as en Córdoba, Argentina». *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo* 3 (6).
- Zibecchi, C. 2014. «Trayectorias de mujeres y trabajo de cuidado en el ámbito comunitario: algunas claves para su estudio». *La Ventana. Revista de estudios de género* 5 (39): 97-139.
- . 2019. «Trabajo y relaciones de cuidado en el espacio comunitario». G. Guerrero, K. Ramacciotti, y M. Zangaro, comp. *Los derroteros del cuidado*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

